

PILAR LEPE

*Un amor
para siempre*

A romantic couple is shown in profile, about to kiss. The man is on the left, wearing a light blue shirt, and the woman is on the right, wearing a grey top. They are both smiling and looking at each other. The background is dark with warm, out-of-focus lights, suggesting an evening setting. The text 'PILAR LEPE' is at the top, and 'Un amor para siempre' is in the lower half.

PILAR LEPE

*Un amor
para siempre*

UN AMOR PARA SIEMPRE

Pilar Lepe

Copyright © Pilar Lepe 2017

Todos los Derechos Reservados

Safe Creative No. 1711264941310

Título original:

Una emoción para siempre

Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, digital o físico. Y la distribución de ejemplares de la presente mediante alquiler o préstamos públicos.

P I L A R L E P E

*Un amor
Para siempre*

1

—Gracias.

Brittany no se amilanó ante la mirada reprobatoria de la sobrecarga al entregarle la tercera copa de champagne de la noche. No había querido cenar, solo beber. Estaba con deseos de celebrar, ¿por qué no? No todos los días una mujer descubre que es la idiota número uno del mundo. No, error, otra idiota más en el mundo. Miró hacia el asiento contiguo: ahí debería haber estado el maldito de Jeremy, pero en su lugar solo estaba su cartera y las revistas de moda que había comprado para no aburrirse, claro que no tuvo tiempo de mirar bien qué se estaba llevando y en dos de ellas aparecía una modelo en traje de novia que la miraba con burla en los ojos. Luego recordó a su madre, quien la llamó para recriminarla por haber tomado una decisión tan alocada: ¿Cómo se le ocurría irse de viaje sola en ese estado? Tendría que estar encerrada en casa llorando o comiendo chocolates, pero no a bordo de un avión. ¿Por qué no le había pedido que la acompañara en último caso? Ella estaría más que encantada de conocer Italia, aunque fuera en estas circunstancias. Finalmente, Brittany, había cortado la llamada, cansada del parloteo de Cynthia. Amaba a su madre, pero en un concurso en que se premiara a la persona que tuviera menos tacto en todo el mundo, ella se llevaba todos los galardones.

Rebuscó en su cartera hasta que encontró la última pastilla de Alprazolam que le quedaba. Se había vuelto adicta a los relajantes y en momentos de crisis no podía prescindir de ellos. Se lo metió en la boca, casi con reverencia y enseguida se bebió el último sorbo de espumante. Listo, ahora solo había que esperar al señor olvido. Sin embargo, comenzó a escuchar voces. Puso atención creyendo que se trataba de una película.

—*Brindemos —dijo Lauren—. Eres la primera en casarte de las tres.*

—*Brindo por eso —Brittany levantó la copa en alto para hacer un brindis al aire.*

—Está bien eso —añadió Joy—, eres la más vieja de las tres.

—¡Oye!

—Obvio —continuó la rubia—, si pretendes tener hijos, debes darte prisa ¿o quieres ser abuela en vez de madre?

—¿Desde cuándo una mujer de veintiocho años es vieja Joy?

—Tu curva reproductiva comenzará a descender a los treinta.

—¡Ya, paren! Antes de que se enfrasquen en una discusión interminable, Britt, cuéntanos nuevamente cómo será la luna de miel.

—Bueno. La misma noche de bodas tomaremos el avión directo a Florencia. —Sus amigas escuchaban embobadas a pesar de que se conocían el itinerario de memoria—. Nos quedaremos una semana allí y haremos el recorrido de la ruta del vino. Luego nos vamos a Milán y Venecia. Luego nos trasladamos a París para terminar nuestro recorrido en la Riviera. Será un mes de paz y amor. Sobre todo, de amor si saben a qué me refiero.

Brittany se miró el diamante del dedo con ojos soñadores. Jamás pensó que podría llegar a tener el marido soñado, que solo se ocupaba de hacerla feliz.

—¿El departamento estará listo para cuando vuelvan? —preguntó Lauren rompiendo el hechizo del momento.

—Me aseguraron que así sería. Si no es así tendremos que demandar por incumplimiento de contrato.

—Britt, mañana es tu despedida de soltera, no lo olvides.

—¿En Tony's?

—En Tony's —respondieron sus amigas a dúo.

—Britt, sabes que te queremos mucho, ¿no? Lauren y yo esperamos que seas muy dichosa, Brittany aunque Jeremy no nos agrade.

—¡Oh, Joy, lo sé y yo las amo también! Son las mejores amigas del mundo. Y ya aprenderán a querer a Jeremy. Y siendo sinceras, los hombres como él no crecen en los árboles. Después lo adorarán igual que yo.

—Está bien, Britt, no te preocupes, lo importante es que tú seas feliz.

—¿Con Jeremy? Es imposible no ser feliz con él.

De pronto, las tres se tomaron de las manos y tuvieron un momento emotivo solo hasta que Brittany vio de reojo la hora en su reloj de oro rosa.

—¡Cielos, se me hace tarde para la manicurista! Ustedes irán conmigo, ¿no?

—Qué forma de romper el momento, Britt —se quejó Lauren—. Lo

siento, pero debo volver a la oficina.

—Y yo me comprometí a acompañar a mi madre a un té de caridad — dijo Joy haciendo una mueca de fastidio.

—Está bien chicas, espero que me sorprendan mañana.

—Prepárate para lo peor —le dijo Pipper haciendo un guiño cómplice a Lauren.

—Ustedes saben que no me asusto tan fácilmente. Adiós.

Brittany salió a la calle e hizo parar un taxi. Le dio la dirección al chofer, ordenándole que se diera prisa porque ya casi estaba en la hora y Rachel era muy solicitada, por lo que no esperaba a nadie.

El coche se detuvo cuando el reloj pasaba tres minutos de las cuatro de la tarde cerca al salón de belleza La Pouppe.

—No puedo avanzar señora porque hay un carro de bomberos y una ambulancia.

—¿Qué habrá ocurrido? —Brittany prestó atención y vio a los trabajadores del salón, en la calle—. ¿Será en el salón?

—No tengo idea, señora, ¿se va a bajar?

—Sí, iré a preguntar. Espéreme por favor.

—El taxímetro corre.

Brittany se acercó a las personas reunidas en la calle y comprobó de que eran más de las que había visualizado desde el auto, y continuaban bajando del edificio. Por fin encontró a Rachel y ella le informó que había una fuga de gas y por eso estaban evacuando, sin embargo, le aseguró que la atendería al otro día por la mañana. Satisfecha con la respuesta, pero intranquila porque todo estaba encima, decidió volver a la oficina para revisar un contrato de un importante holding. Estaban intentando comprar unos estacionamientos para construir un edificio de departamentos. Eso significaba una jugosa comisión para Brittany, quien además era muy sagaz para los negocios y siempre obtenía buenos acuerdos para sus clientes.

Cuando avanzó por el pasillo, entre los cubículos, observó que varios rostros se volteaban a mirarla. ¿Por qué sería? Seguramente la felicidad que sentía se le hacía por los poros y su piel lucía más lozana. Saludó a varias y continuó hasta su oficina. Hacía dos años que se había ganado el derecho de tener oficina propia y no un módulo de dos por dos. Ya dentro, guardó la cartera en el cajón inferior del escritorio y después de regular el aire acondicionado, comenzó a revisar unas carpetas, buscando el contrato en

cuestión.

—Charlene no me lo ha devuelto —recordó después de un rato de no encontrarlo.

Charlene era la socia mayoritaria de la inmobiliaria que estaba compuesta por tres socios, uno de los cuales era su futuro esposo Jeremy. Era el que tenía menos acciones y el más nuevo también.

—Jane, ¿está CB en su oficina? —le preguntó a la secretaria que estaba junto a la puerta que decía «Charlene Burrougs», pero los que tenían confianza con ella, la apodaban así.

—¿Eh? Sí —respondió la joven sorprendida y respondió con rapidez —: Pero está ocupada con un cliente.

—No tardo nada.

—¡Pero!

Brittany abrió la puerta con cuidado pensando en no importunar. Charlene no tenía una silla de escritorio común y corriente, sino un enorme sillón con orejas y apoya brazos forrado en piel de color rojo oscuro. Según todo el mundo le iba bien a su personalidad, porque CB era una morena, de estatura media, pero muy voluptuosa y unos ojos que no se guardaban nada cuando te observaban.

El sillón estaba vuelto para la ventana, así que Charlene no se veía, pero en cambio se escuchaban con nitidez sus gemidos. Cuando Brittany se percató de la situación, pensó en salir sin que notaran que ella estaba allí, pero el sonido del celular que tenía en el bolsillo de la chaqueta la delató.

—¿Quién está ahí? —preguntó CB sin darse la vuelta.

—¡Lo siento! No pretendí ser inoportuna.

De pronto CB hizo girar el sillón. Brittany abrió la boca, pero no pudo emitir sonido alguno: Jeremy se encontraba prácticamente tumbado en el sillón y la sensual morena, CB, estaba inclinada sobre él con la camisa abierta.

—¡Charlene! —exclamó él disgustado.

—Es mejor así, que se dé cuenta antes de que sea tarde. Britt, Jeremy y yo tenemos una relación hace tiempo, pero él nunca supo cómo decírtelo. No quería bajarte de la nube en la que te encontrabas.

Brittany, los miró a ambos por un segundo que le pareció demasiado largo para tomar nota de los amantes, luego levantó la cabeza, echó los hombros hacia atrás y salió.

La secretaria que sabía lo que ocurría en la oficina de su jefa, se le quedó viendo con la boca abierta. Brittany sentía que caminaba en cámara lenta hasta su oficina, y así continuó, con movimientos lentos pero mecánicos como si no fuera la dueña de sus acciones: guardó los documentos en su maletín y sacó la cartera del cajón del escritorio. Mientras avanzaba entre los cubículos, siempre en cámara lenta, era consciente de las miradas y los murmullos de sus compañeros. Todo el mundo sabía menos ella. ¿Querían verla llorar? No lo lograrían. Traspasó la mampara del hall hasta los ascensores. Oprimió el botón y esperó paciente, con el peso de muchos ojos clavados en su espalda. Ya dentro, limpió una lágrima que había rodado desde su ojo derecho, pero eso no era llanto.

Ni aún ahora que comprendió que las voces eran sus recuerdos recientes, sintió necesidad de derramar más lágrimas.

2

—¡Señorita, despierte! Ya dieron la orden de abrocharse los cinturones. Estamos a punto de aterrizar.

—¿Ah? —Brittany abrió los ojos y se encontró con la cara de la sobrecarga casi encima de la suya—. ¿Qué sucede?

—Aterrizaremos en cualquier momento. Por favor ajuste su cinturón.

Cuando la joven dijo esto, se escuchó la voz del capitán de la aeronave saludando a los pasajeros en inglés y luego en un italiano titubeante, dándoles la bienvenida a Florencia.

Brittany se llevó las manos a la cabeza, tenía un jaqueca horrible. Intentó mirar por la ventanilla, pero sus ojos estaban pesados. Aún tenía mucho sueño.

Cuando dieron la orden de descender, se puso de pie, cogió su cartera y caminó vacilante por el pasillo del avión. Pensó que mejoraría cuando por fin pudiera respirar aire, pero no fue así. Casi como sonámbula retiró las maletas. Caminó fuera de la terminal sin creer aún que se encontraba en Italia. Sola, pero allí estaba, y tenía toda la intención de disfrutar de su estancia allí y del posterior recorrido por las otras ciudades.

Por suerte había cosas que eran igual en todas partes del mundo, y Florencia no era la excepción: afuera del aeropuerto los taxis se detenían a tomar pasajeros. El diccionario estaba dentro de una de las maletas, pero no lo necesitaba para indicarle al chofer a cuál hotel necesitaba ir.

Resignada a su suerte, abrió con lentitud la cartera para buscar los folletos y tarjetas que le habían entregado junto a los pasajes, ahí estaba el nombre del hotel. Eran varios papeles y no se molestó en cerrar la cartera antes de revisarlos. Sí ahí estaba el nombre en letras doradas: Hotel Montebello, cinco estrellas. Era perfecto.

Con la cabeza más despejada, levantó una mano para que alguno de los taxis que estaban estacionados metros más allá, se acercara. Estaba en el borde de la calzada agitando la mano, pero los conductores estaban de pie

junto a los autos, charlando a voz en cuello y ninguno parecía reparar en ella.

Exasperada pensó que tendría que acercarse más. No entendía cómo otros pasajeros en cuanto salían de la terminal, levantaban la mano y llegaban los autos de alquiler casi enseguida. Resignada se dio a la tarea de agarrar las manijas de las maletas, por suerte tenían ruedas. Brittany pensó en colgarse la cartera en el hombro para tener las dos manos libres, sin embargo, cuando fue a realizar el movimiento, de la nada apareció una moto tripulada por dos hombres, y el que iba de pasajero de un solo tirón le quitó el bolso de mano ocasionando que ella cayera encima de sus maletas.

Brittany tardó en reaccionar, no podía creer lo que acababa de suceder. Se miró el brazo del que antes colgaba su cartera, y en efecto ya no lo tenía. Se puso de pie como impelida por un resorte y comenzó a gritar desesperada.

—¡Auxilio! ¡Detengan al ladrón! ¡Auxilio! ¡Mi cartera!

Todo había ocurrido tan rápido que casi nadie se había dado cuenta, solo veían a una mujer que parecía loca gritando y agitando los brazos.

—¡Ayuda! ¡Policía!

Ella creía que solo en Nueva York la gente era tan apática. Frustrada se sentó en la maleta más grande, ¿qué haría ahora? Estaba acostumbrada a resolver problemas complejos, pero esta vez no sabía por dónde empezar. Se levantó y arrastró las maletas al interior del aeropuerto, allí seguramente alguien hablaría inglés.

Primero se dirigió a un guardia de seguridad. Se trataba de un hombre mayor de rostro colorado.

—Buenos días, necesito a la policía —dijo ella con altanería.

—*Buongiorno signorina* —saludó él con cortesía, pero no dijo nada más.

—Le he dicho que necesito a la policía.

—*Non capisco*. —El hombre la miró extrañado.

—¡Necesito un maldito policía! —gritó ella, y aunque el guardia no comprendía el inglés si pudo entender la palabra «policía» y salió corriendo.

A los pocos minutos llegó otro hombre acompañado de una mujer.

—*Quello che è successo a perdere?* —preguntó el hombre.

—No entiendo lo que me está preguntando. Lo que importa es que quiero reportar un robo.

—*Quello che è successo a perdere?* —preguntó esta vez la mujer.

—Me acaban de robar todo allá afuera, el dinero, los documentos, todo.

—*Non capisco* —dijo el policía.

—¡Maldita sea, le digo que me robaron la cartera! —Brittany estaba gritando nuevamente y lágrimas de rabia comenzaron a rodar por sus mejillas. Se limpió rápidamente con el dorso de la mano, y el maquillaje se corrió hacia sus pómulos.

Ella no sabía el estado en el que se encontraba y que ofrecía una vista muy lamentable de su persona, ya que no solo el maquillaje se le había estropeado, sino que llevaba el cabello en desorden, la ropa sucia por la caída y los ojos enrojecidos por la falta de sueño. A Brittany Roberts, nunca nadie la había visto desaliñada, ni siquiera al salir de la cama por las mañanas, y si en ese momento hubiera tenido un espejo por delante, mínimo le habría dado un síncope al ver su reflejo.

—¿Puedo ayudar? —preguntó de pronto un hombre moreno alto que vestía una chaqueta *denim* y sombrero de *canvas*. Se dirigió a ella en inglés, pero con un marcado acento italiano.

—¿Podría explicarles que me acaban de robar todo afuera? Necesito hacer la denuncia y que busquen a los ladrones. Me quitaron la cartera con todo adentro —pidió ella sin reparar mucho en el individuo.

—¿No conoce a nadie en Florencia?

—Estoy de vacaciones.

—¿Y no puede llamar a nadie en América?

—Por lo menos a nadie que me pueda ayudar. Necesito ir a la embajada.

—Comprendo.

El hombre comenzó a explicar a los policías, mientras ellos miraban a Brittany con desconfianza. Cuando terminó de hablar, su semblante no era muy optimista.

—Dicen que ellos no pueden hacer nada porque solo están para vigilar los delitos que puedan ocurrir dentro del aeropuerto, y que debe dirigirse a la policía de la ciudad.

—¿Y dónde queda eso?

El hombre le entregó una tarjeta que le había entregado el policía.

—¿Cómo llego allá si no tengo dinero?

—Espere —dijo él y comenzó a registrarse los bolsillos.

—*¡Massimo!*

El hombre levantó la vista hacia una joven que le hacía señas unos metros más allá.

—*¡Aspetta cara!*

—*¡Massimo, è mamma!*

Después de escuchar, el hombre dejó de registrarse los bolsillos y levantó ambas manos disculpándose.

—Lo siento, tengo que irme —dijo, y se alejó a paso rápido. Abrazó a la joven y ambos se alejaron a prisa en dirección a la salida.

—*¡Pero!*

Con desazón, Brittany comprobó que los policías y el guardia se habían retirado dejándola abandonada a su suerte. Se sintió maltratada y humillada. De pronto pensó en su madre, quizás después de todo si pudiera ayudarla de alguna forma. Lo más probable era que se pusiera histérica y quisiera venir a buscarla en persona, pero como ella no tenía dinero para pagar su pasaje de avión, tampoco resultaría. En fin, haría el intento.

De lejos vio unos teléfonos y fue rápidamente hasta allá, pero ¡oh, demonios! Solo funcionaban con tarjeta, y ella no tenía ninguna. Intentó que alguno de los pasajeros que ocupaban los otros aparatos le facilitara una, pero sin éxito: o no la comprendían o la miraban con desprecio, ya que, vistiendo ropas tan caras, lo menos que parecía era una buscona.

Observó la tarjeta que aún tenía en su mano e intentó leer: «Polizzia Municipale, Via di Legnania». Y como ella no era una mujer que se estuviera lamentando mucho tiempo por un infortunio, volvió a agarrar las manijas de las maletas y salió nuevamente de la terminal.

Desafortunadamente, el aeropuerto estaba en las afueras de la ciudad y solo tenía dos opciones, caminar por el campo o pedir que la llevaran. Sopesó las dos opciones y después de mirarse los tacones de doce centímetros, decidió que lo mejor era «hacer dedo».

Brittany dirigió la mirada a su elegante reloj: ya casi eran las once de la mañana, y su estómago comenzaba a protestar por no haber desayunado. No era solo hambre lo que tenía, estaba cansada y gracias al calor, sentía como la ropa comenzaba a pegarse a su cuerpo de una forma poco agradable ya que le iba dejando manchas de sudor.

Brittany se quitó la chaqueta. En ese bendito lugar ni siquiera había una parada donde ocultarse del sol. Ahora había varios taxis, pero ni pensar

en llamar uno, no tenía dinero y no quería deshacerse de sus joyas para pagarle al conductor.

De pronto vio un vehículo a lo lejos, tragó saliva y levantó la mano. El auto pasó raudo junto a ella sin hacerle caso. Exasperada dio una patada en el suelo, pero el arrebato le costó un tacón de los exclusivos zapatos, color *nude* que traía puestos. Se miró los pies afligida, ¿qué más le ocurriría ahora? Luego apareció una camioneta llena de hombres en la parte de atrás y al pasar junto a ella le gritaron cosas y le tiraron besos al aire dirigidos a ella.

—¡Idiotas!

Ahora sí, Brittany estaba a punto de sentarse a llorar. Miró con rabia a los taxistas que solo se limitaban a murmurar mientras la observaban con curiosidad. Tanto que hablaban de la galantería de los italianos, pero ninguno de esos hombres tuvo la delicadeza de aproximarse para ver qué le ocurría. Solo un tonto, pensó, no se daría cuenta de que se encontraba en apuros. Estaba tan concentrada lamentándose que no se dio cuenta del pequeño bus que se aproximaba por el camino, solo el sonido del motor que parecía toser cada tanto, la hizo levantar la vista. Quizás este se detendría, pensó, y se paró en mitad de la vía agitando los brazos. El vehículo de color rojo, comenzó a disminuir la velocidad hasta que con estertores casi agonizantes se detuvo con un rechinado de frenos.

Brittany observó dudosa el viejo transporte al que le faltaban casi todos los vidrios de las ventanas. Sin embargo, su vacilación no llegó a impedirle subir porque antes de que se diera cuenta, alguien ya había cogido sus maletas y la empujaba al interior.

El vehículo venía casi completo y muchas caras sonrientes alzaron la mano a la vez que gritaron: *ciao!* Ella levantó la mano algo cohibida para responder al saludo, antes de limpiar el asiento que le estaba ofreciendo.

El bus reinició la marcha con su lento traqueteo, y Brittany por fin respiró tranquila, en breve estaría en la ciudad. Cuando hablara con la policía, todo se solucionaría, y la pesadilla habría terminado. Con un suspiro se dispuso a disfrutar de los hermosos paisajes de la Toscana, hasta que su estómago gruñó. Su vecina de asiento le entregó un trozo de pan con una sonrisa, y Brittany se lo recibió agradecida y avergonzada al mismo tiempo.

—Gracias.

Luego de engullir el pan, cerró los ojos para simular que estaba durmiendo, no tenía ganas de escuchar el parloteo de los italianos y menos de

tratar de explicar que no entendía su charla.

De pronto el bus tomó por un camino de tierra y comenzó a dar tumbos sobre las irregularidades del terreno. Brittany miró hacia afuera, pensando que estarían cerca de algún pueblo cercano a la ciudad, pero lo único que habían eran vides hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Dónde estamos? —preguntó a la otra mujer, pero ella no la comprendía. Percibiendo que no iban a Florencia, se puso de pie y trató de observar por las ventanas en todas direcciones hasta que observó unas casas a lo lejos de algo que parecía ser un pueblo. Alterada se las señaló a la mujer.

—Montifioralle. *Si tratta di Montefioralle* —contestó la mujer sonriendo.

Brittany se dejó caer pesadamente en el asiento, intuía que algo no iba bien, ¿pero ¿cómo saberlo? Solo quedaba esperar al final del camino.

Luego de otro rato de traqueteo, el bus rojo volvió a desviarse del camino para internarse en un viñedo, y no se detuvo hasta llegar a una casa señorial que parecía sacada de la Edad Media.

Todo el mundo se bajó de prisa, obligándola a ella a descender también. Percibió que no estaban en el frontis de la mansión, sino en la parte de atrás, y eso la intrigó. Sin embargo, pronto tendría la respuesta de dicha acción.

Hombres y mujeres fueron hasta donde había muchos cestos apilados, recogiendo uno cada uno. Brittany no entendía de qué se trataba todo, nadie la hablaba, era como si no estuviera. Repentinamente apareció una mujer madura de aspecto menudo, del interior de la casa.

—*Vai con le altre donne di insegnare il lavoro* —le dijo, al tiempo que le entregaba una botella blanca de plástico y un cesto.

—¿Qué?

3

—*¡Vai con le altre donne di insegnare il lavoro!* —repitió la mujer exasperada, casi gritando. Acto seguido la empujó hacia el grupo de mujeres que ya se internaba en las hileras de vides.

—¡Al menos deje que me cambie los zapatos! —respondió Brittany en igual tono, mostrando su tacón roto. La mujer no entendió la respuesta, pero al ver el pie de la joven, asintió con la cabeza.

Con los nervios a flor de piel, Brittany abrió la maleta más grande, y con manos torpes se dedicó a revolver el interior hasta que dio con unos zapatos rojos de tacón plano, no eran de diseñador, pero no por eso menos costosos. Se quitó sus apreciados Kors, y los metió junto a la ropa con un dejo de tristeza: los tiraría a la basura en cuanto tuviera oportunidad. Después se calzó los que había sacado y se puso de pie.

Brittany era bastante más alta que la mujer italiana, pero aun así se sentía intimidada por ella. Cogió la cesta y la botella que la otra aún sostenía en sus manos con impaciencia, y comenzó a caminar detrás del resto de trabajadores. Entretanto, mascullaba para sus adentros, que para qué había traído un maldito diccionario si ni siquiera se había molestado en usarlo para tratar de entenderse con los italianos.

Brittany observó las hileras de vides, ¿qué se suponía que debía hacer? Luego se fijó que las otras mujeres y hombres se ubicaban bajo las matas de uva y con delicadeza, pero con firmeza comenzaban a cortar los racimos con las manos, luego los depositaban en el canasto. Una joven, le tocó el brazo y le indicó la botella que aún sostenía sin saber qué hacer. Después la muchacha le hizo la mímica de aplicarse en el rostro y brazos. Brittany miró con atención la botella plástica y leyó “Protezione Solare”. Por fin comprendió, era para protegerse de los fuertes rayos del sol.

Dejó el cesto a un lado para aplicarse la crema. Estaba tan concentrada en su tarea que no pudo evitar proferir una maldición cuando de

pronto, de arriba de su cabeza, salió un sonido que inundó el campo: era música.

—¡Mierda, ¿qué es eso?! —exclamó de mal humor—. ¿Dónde vine a parar, a un campo de concentración?

Ella no reconoció la melodía, pero imaginó que era música clásica.

Su estómago gruño. Tenía mucha hambre. Se comería unas uvas maldita sea. Después de fijarse de que nadie la estuviera observando, cogió un racimo y se puso a comer con avidez, ¡qué delicia! Estaba tan dulce.

Inesperadamente cruzó alguien de otra hilera, era un hombre.

—*No, non farlo!*

—¿Qué? —por supuesto ella no entendía.

—*No, non farlo!* —repetió él y esta vez señaló las uvas.

—¡Ah! Lo siento, tengo hambre. —Brittany se señaló el estómago.

El hombre se metió la mano al bolsillo y le entregó una manzana que llevaba consigo.

—*Grazie!* —Al menos podía dar las gracias en italiano, pensó.

El hombre, que era bastante joven, volvió a su hilera, pero no dejó de observar a Brittany, lo que la incomodó bastante porque lo único que no deseaba en ese momento era un admirador. Así estuvieron largo rato, ella intentando cortar los racimos de uva, y el hombre mirándola. Pero, luego de ver que llevaba casi diez racimos estropeados, se decidió a llamar con señas al joven.

—Enséñame —le ordenó.

—*Cosa?* —preguntó él mirándola con ojos embobados, y ella exasperada le mostró el racimo dañado. Él comprendiendo al fin, tomó la mano de ella y la condujo por la planta para que aprendiera.

Luego de practicar con varios, a ella le resultó y no supo por qué eso le causó alegría y rio alborozada.

Al joven se le borró la sonrisa de los labios, la chica era muy bella cuando reía.

—Paolo.

—¿Qué?

—*Il mio nome è Paolo* —dijo él señalándose a sí mismo.

—¡Oh! Yo soy Brittany. Mucho gusto, Paolo —saludó ella, dándole un apretón de mano—. Será mejor que vuelvas a trabajar— agregó Brittany y lo empujó con gentileza.

Paolo un poco contrariado volvió a su lugar, no obstante, se dedicó más a mirarla a ella que a trabajar.

A Brittany se le pasó rápido la alegría de haber aprendido a cortar las uvas, puesto que al sentirse sudorosa, cansada y hambrienta, no pudo dejar de recordar por qué estaba en esa situación.

—¡Maldito Jeremy! ¡Maldita Charlene! —mientras maldecía, cortaba los racimos y los estrellaba encima de los otros, de forma tal que los delicados granos de uva se reventaban o se desprendían.

Ella no supo cómo lo hizo, pero consiguió llenar el canasto hasta la mitad, cosa que encontró más que suficiente para un día de trabajo. «Que los otros continúen», pensó, «lo que es yo, renuncio». Cuando volviera a Nueva York, nadie le creería esta pesadilla disfrazada de aventura.

Antes de marcharse, entregaría las uvas para ver si le pagaban algunos dólares para intentar llegar a Roma.

Observó que los trabajadores llevaban los cestos por entre las hileras de vides, a algún sitio más adelante. Tomó el suyo y los siguió. Había un tractor con un carro de arrastre sin barandas acoplado en la parte de atrás. Los recolectores alzaban los canastos por sobre sus cabezas, y un hombre los recibía y los iba acomodando en la superficie.

Con desgano, Brittany se aproximó hasta el tractor y alzó el cesto, que no estaba liviano en modo alguno, con esfuerzo. El hombre estaba ocupado recibiendo otros canastos por el lado contrario y no la vio.

—¡Recíbalo, maldita sea! —le gritó ella.

Los jornaleros que estaban cerca, también entregando sus canastos, la miraron sorprendidos: la mujer le estaba gritando al *patrono*.

El hombre estaba de espaldas y al escuchar el grito estridente de ella, sintió que los oídos le iban a estallar. Se enderezó con rigidez y se paró de manos en jarra, pero no se volvió hacia ella.

—*Che cosa dice?* —preguntó con voz de acero.

¿Era bruto que no entendía?

—¡Qué me reciba el maldito canasto! —espetó con más furia esta vez.

—*Quando gli chiedo gentilmente* —respondió él con voz de seda.

—Bien, ya me harté, ahí tiene el canasto.

Brittany quiso tirar con violencia el canasto sobre el carro, pero al

hacerlo perdió el equilibrio y cayó de forma poco decorosa sobre la tierra. Las carcajadas estallaron a su alrededor, y ninguno se apresuró a ayudarla, hasta que de pronto apareció Paolo indignado por lo que estaba sucediendo.

Brittany quiso maldecir una vez más, pero al verse toda sucia sentada sobre los terrones de tierra, le vino un acceso de risa histérica que pronto se transformó en un llanto sin control.

—*Signorina, ignorare questi animali... andare a lavorare, barboni!*

Paolo se inclinó para darle consuelo, pero una sombra que saltó desde el carro lo detuvo.

—*Mi prenderò cura di signorina, Paul. Si può tornare al lavoro* —ordenó la voz, con autoridad.

El joven Paolo, aunque estaba molesto por la interrupción, no tuvo más remedio que hacer lo que el patrón le ordenaba. Con el rostro enfurruñado se puso de pie y se marchó sin decir nada, mientras el resto de hombres y mujeres que habían presenciado la escena, murmuraban. La mayoría conocía a Paolo desde niño y comprendían que se había prendado de la joven.

—*Torna al lavoro!* —ordenó el patrón a los curiosos, mientras se inclinaba a levantar a Brittany en sus brazos que continuaba gimoteando. Sabía de sobra que eran un buen grupo de chismosos.

Massimo avanzó por entre los surcos y las vides, con la mujer en sus brazos. No sabía de dónde, pero le era vagamente familiar. Quizás después que se limpiara un poco la cara y se quitara todo el cabello del rostro, el cual estaba adherido debido a las lágrimas derramadas, pudiera recordarla.

Estaba demasiado liviana, le hacía falta una buena alimentación, pensó. Quizás era una de esas chicas que viven cuidando la línea y acaban anoréxicas. A él le gustaban las curvas. Saber que dónde pusiera sus manos, había algo de carne de la cual asirse. Massimo sacudió la cabeza, ¿por qué pensaba esas tonterías? Él tenía a Ornella, aunque fuera una imposición. La mujer de voz chillona que cargaba en sus brazos, carecía de importancia para él.

4

Brittany, sabía que podría caminar perfectamente si así lo deseaba. Era una mujer físicamente fuerte a pesar de ser tan delgada, pero se sentía tan bien ir cobijada en ese pecho fuerte.

El cuerpo del hombre emanaba una mezcla de sudor y perfume caro, que se fundían en un aroma exquisito volviendo locos sus sentidos. Esto la confundió enormemente porque hacía unas pocas horas aún lloraba por Jeremy.

Massimo, entró a grandes zancadas al interior de la casa. Adentro estaba fresco, y un aroma a geranios, provenientes de los parterres ubicados bajo las ventanas, inundaba el salón.

El hombre dejó su carga con delicadeza, sobre uno de los varios sofás que se encontraban allí. Brittany, que había tenido los ojos apretados, los abrió por fin. En el momento que se vieron las caras descubrieron que ya se habían conocido, o al menos, visto.

—Usted es el hombre que me ayudó en el aeropuerto esta mañana.

Massimo se quedó en silencio. No podía quitar la vista de esos labios generosos. Miles de escenas se posaron en su cabeza, y su entrepierna vibró.

—¿Cómo dice? —preguntó él, en inglés.

—Usted es el hombre que tradujo para mí esta mañana. Cuando hablaba con los policías en el aeropuerto.

—*E 'vero!* Usted es la americana que fue asaltada.

—Sí, y usted me dejó sola cuando llegó su novia. Los policías no me ayudaron en nada.

—¿Francesca? Es mi hermana pequeña... Lo siento, mi madre se puso enferma y tuve que venir rápido a casa.

—Cómo sea —continuó ella, si hacer caso a la explicación que él le estaba dando—, la cuestión es que no sé con qué o con quién me confundieron esos policías y me dejaron a mi suerte.

—Son unos estúpidos —acotó Massimo con la vista aún clavada en

los labios de Brittany. Ansió con desesperación besarla. —¿Y su equipaje?

—No sé. Quedó afuera.

—Iré por él... ¿Tiene hambre?

—Muero de hambre...

—Haré que le preparen algo, puede comer y podrá darse un baño después. O al revés, como prefiera. Por cierto, mi nombre es Massimo Carotta, y vivo aquí con mi madre y mi hermana.

El acento de Massimo era delicioso, acariciaba los oídos, concluyó Brittany.

—Soy Brittany Roberts, pero mis amigos me llaman Britt.

—Brittany tiene un sonido melodioso —dijo él, estrechando la mano que ella le tendía.

Brittany sintió que todo el sol de la Toscana estaba fundido en la piel de Massimo. El calor que estaba recibiendo a través del apretón de manos, se extendía rápidamente al resto de su cuerpo. Brittany soltó la mano de Massimo antes de que él percibiera lo que le estaba ocurriendo. Ese hombre era peligroso.

—¿Cómo está su madre?

—*E 'meglio, grazie!... Scusate.* Quise decir que está mejor. Ahora se encuentra descansando, pero en unos días podrá conocerla. Regreso pronto.

«¿En unos días?» El cerebro de Brittany, registró inmediatamente la expresión. ¿Cuánto tiempo, pensaba ese italiano que ella se quedaría en esa villa? Su luna de miel, o vacaciones, no esperaría por ella. El trabajo... ¡Oh! Ya no había prisa. No tendría trabajo al volver, y su pasaje de regreso estaba en la cartera que el ladrón le había arrebatado.

Antes que Massimo, regresara entró a la sala, la joven que lo había ido a buscar al aeropuerto. Como Brittany, ya sabía que se trataba de la hermana, le sonrió con simpatía, y la chica comenzó a hablar en italiano. Ella, escuchaba sin comprender el parloteo de Francesca, sin embargo, la joven hacía pausas para que ella respondiera.

—En inglés, Francesca —la corrigió Massimo, en cuanto entró a la sala.

—Lo siento, señorita. —La joven sonrió y se le iluminaron los ojos —. Le preguntaba dónde vive en los Estados Unidos.

—En Nueva York.

—¡Ah, la gran manzana! Yo tengo muchos deseos de conocer su país, pero mamá no puede viajar y Massimo no tiene tiempo. Le he dicho a Ornella que lo convenza, pero no da resultado.

—¿Ornella?

—Sí, la novia de mi hermano. Ella quiere casarse para San Valentín, ¡es tan cursi!

—¡Francesca, basta!

—Solo dije la verdad.

—Hablas demasiado. ¿No vas a meterte a la piscina, hoy?

—Hoy no tengo ganas.

—Bueno, ve a escuchar música, o a ver televisión.

—Está bien, sé entender cuando no me quieren. Señorita Roberts, espero que podamos conversar mañana y me cuente cosas de Nueva York.

—Por supuesto, lo haré con gusto, y puedes llamarme Britt.

La joven asintió a la vez que sonreía y se marchó. A Brittany le agrado de inmediato la hermana de Massimo.

—Le pido disculpas, mi hermana habla demasiado.

—*¡Cuidado que todavía escucho!* —gritó Francesca desde la otra habitación.

—No importa, ella me agrada.

—¿Tiene hermanos?

—Desafortunadamente, no.

Massimo se había sentado frente a ella, pero pronto se puso de pie y se mesó el cabello.

—¿Por qué no viene María? ¡María!

—*Già si va!* —gritó una voz desconocida desde adentro, y Brittany pensó que esa familia solo se comunicaba a gritos.

Pronto, entró una mujer regordeta, de cabello gris y mejillas sonrojadas, hablando sola en italiano.

—En inglés, María.

—Le decía —informó María—, que Rossina fue al pueblo y no ha vuelto. La cena estará lista pronto, así que no le traje mucha comida a la señorita para que no pierda el apetito, claro que mirándola bien se nota que le hace falta mucha pasta.

—No seas insolente, María. Nuestra invitada, ha sufrido un infeliz incidente y no está para soportar tus bromas.

—No lo decía en broma, señor.

La mujer, salió de la sala después de dejar una pequeña bandeja que contenía un vaso de jugo y un emparedado de pan centeno.

—¿Cómo es que todos hablan inglés?

—Mi madre es de los Estados Unidos, pero se vino muy joven detrás de papá y solo regresó para el funeral de sus padres. Eso sí que nunca dejó de usar su idioma, y habla una mezcla de italiano e inglés. ¿Se siente un poco mejor ahora? —preguntó él en seguida—. Me arriesgo a decir que sí, por la forma en la que está comiendo.

—¡Oh, disculpe! —Brittany lo miró avergonzada—. Lo único que comí hoy, fue el pedazo de pan que me dieron los trabajadores.

—En la cena, podrá comer hasta que se atore.

—Eso espero porque el *sandwich* era muy pequeño.

—Ya escuchó a María, está preparando la cena.

—Señor Carotta, yo... Le estoy muy agradecida, pero necesito ir al consulado, tramitar lo de mi pasaporte...

—Ya habrá tiempo para eso —le aseguró el, acercándose a ella más de lo debido.

—¿Sí? —A Brittany se le cortó la respiración. Sus rostros estaban tan cerca, sería estirarse un poco y...

—*Buonanotte!*

5

La dueña del saludo, resultó ser una hermosa morena de ojos verdes y una figura espectacular, llena de curvas, que destilaba dinero por todos los poros. Acto seguido se colgó del cuello de Massimo y le dio un largo beso en la boca.

—*Ornella, che cosa fare!* —exclamó Massimo, irritado.

«Así que esta es la famosa novia» pensó Brittany, observándola con disimulo. La ola de envidia que sintió fue enorme. Mientras ella no había tenido tiempo de rescatar nada de su maleta aún, la otra mujer parecía haberse echado toda la Via Condotti, encima.

—*Da quando si preoccupano i miei baci?* —quiso saber la morena, sin alejarse de Massimo.

—*Abbiamo un ospite. Si prega di parlare inglese* —espetó él, con cierta dureza.

—*E chi è questa donna?* —preguntó Ornella en tono despectivo, señalando a Brittany con un desdeñoso ademán.

—¡Basta, Ornella! La señorita Roberts fue asaltada en el aeropuerto, y por accidente llegó a la Villa. Se quedará acá hasta que resuelva lo de su pasaporte.

—Lo siento, querida. Pensé que eras otra conquista de Massimo —se disculpó Ornella, con una mal fingida dulzura—, pero viéndote bien, no eres para nada su tipo.

—No te preocupes, me marcho a la brevedad —repuso Brittany en el mismo tono, más por dentro le hervía la sangre.

—Eso espero, querida.

—Señor Carotta, quisiera ver mi equipaje si es tan amable.

—¡Oh, es verdad! Me había olvidado. ¡María!

Nuevamente, la mujer apareció rezongando por el pasillo.

—Por favor, lleva a la señorita a la habitación de invitados. Ordené que le llevaran sus pertenencias allá.

—Sí señor. Sígame, señorita.

—Gra... Gracias. —¿Por qué balbuceaba?

¡Qué mujer más insoportable!, iba mascullando Brittany, mientras seguía a María, escaleras arriba. Por su parte, María, iba hablando sola, pero como lo hacía en italiano Brittany no podía saber que también se refería a Ornella.

—Aquí es, señorita —dijo María, indicando una puerta, y dedicándole una sonrisa.

—Gracias, María.

—Si necesita algo, tire del cordón que está al lado de la chimenea. La cena se sirve a las ocho.

—Gracias.

Brittany se paseó por la habitación. Era grande y acogedora. Decorada en tonos tierra, perfectos para la Toscana. El lugar era encantador y todo el entorno demasiado romántico para una mujer que está sola en su luna de miel, pensó con amargura. Una lágrima amenazó con caer de su ojo derecho, más, se recordó que se había prometido no llorar y secó casi con fiereza dicha amenaza.

Luego que pasó el momento de debilidad, se asomó al balcón. Se afirmó en el borde de piedra y lo primero que vio, casi hasta donde alcanzaba la vista, eran los viñedos de los Carotta, y mucho más lejos unos tejados que indicaban la presencia de un pueblo.

Justo en ese momento los jornaleros comenzaron a pasar bajo su ventana. El trabajo del día había concluido y caminaban presurosos hacia el destartalado bus que los esperaba en el portón de la villa.

Entre todas esas personas, iba Paolo. Brittany estiró la mano para saludarlo al mismo tiempo que lo llamaba.

—¡Paolo! —El aludido levantó la vista, pero no la vio de inmediato —. ¡Paolo, aquí!

El joven por fin la vio y levantó su mano para responder al saludo.

—*Ciao, Britt. Come stai?!*

—¡Bien, Paolo, Gracias!

El chico parecía querer continuar la charla a pesar de la distancia, pero alguien que salía de adentro de la casa le llamó la atención y él tuvo que continuar su camino sin despedirse.

Al notar esta situación, Brittany se ocultó detrás de la cortina. Pero no

sirvió de nada, porque quien le había llamado la atención a Paolo no era ni más ni menos que Massimo, que saliendo más afuera se puso a mirar con el ceño fruncido hacia el balcón.

Ella comprendió que no había sido buena idea llamar a Paolo, quizás podía perjudicarlo y eso era lo último que deseaba hacer, pues seguramente el chico necesitaba el trabajo. Si lo volvía a ver, decidió, intentaría no dirigirle la palabra.

Seguro que Massimo era un patrón de malas pulgas, que regañaba a sus trabajadores solo por abrir la boca.

Con un suspiro, abrió la maleta grande para revisar su contenido. Todas las prendas estaban arrugadas, menos un vestido de cóctel que era de tela de *lycra*. No obstante, consideró que quizás, era demasiado elegante para una cena familiar. Tampoco quería molestar a María, pidiéndole una plancha para estirar unos pantalones más adecuados para la ocasión.

Luego de darse un reparador baño de tina, se enfundó el Carolina Herrera de color rojo. Este se ajustaba a su figura como un guante. Los hombros le quedaban descubiertos, y se sostenía del cuello con un escote cruzado.

Por suerte, su maquillaje y sus joyas estaban en el *necesaire*, que el asaltante motorizado no le había quitado. Coloreó sus labios del mismo tono del vestido, pero puso más énfasis en sus ojos para que se le vieran más grandes porque consideraba que era lo mejor de su rostro.

Cuando estuvo lista, se paró frente al espejo antiguo que estaba junto a la ventana. No tenía tantas curvas como la encantadora Ornella, pero se veía muy bien. Siempre que usaba ese vestido se sentía especialmente hermosa.

Por último, se puso unos pendientes pequeños de oro para no recargar el atuendo, y bajó en dirección al comedor.

Faltaban diez minutos para las ocho.

Brittany bajó la escalera confiada, la odiosa de Ornella no volvería a humillarla. Al entrar al comedor se alegró de no haberse puesto pantalones. La pequeña Francesca, también vestía un traje de coctel y Massimo se veía demasiado apuesto con su chaqueta azul y camisa blanca que destacaba su bronceado. Sin embargo, Ornella lucía un vestido verde que inmediatamente ella reconoció como de diseñador. El atuendo hacía resaltar los ojos verdes de

la joven, y Brittany estaba segura de haber visto aquel modelo en la última semana de la moda de New York. Por lo visto no había forma de ponerse a la altura de la bella italiana, pensó con sorna.

Ornella, consciente de que la había opacado otra vez le dirigió una verde mirada de desdén antes de colgarse del brazo de Massimo.

—Buenas noches —saludó ella con timidez.

—Buenas noches —respondieron los hermanos Carotta a dúo: Francesca con simpatía y Massimo con una mirada capaz de provocar un incendio.

—Ahora que llegó la invitada de honor, creo que podremos comer por fin.

—¡Pero si aún no son las ocho, Ornella! —protestó Francesca.

—Yo tengo hambre.

—Está bien, vamos entonces.

Al parecer, Massimo, nuevamente estaba irritado con su novia. Brittany, intentó ignorar a la pareja, pero Ornella cada vez que podía le dirigía su verde mirada de odio.

La cena transcurrió en un ambiente denso, porque cada vez que Francesca o Massimo, intentaban entablar una charla para incluir a Brittany, Ornella intervenía con alguna pesadez dirigida a ella. En varias ocasiones, Brittany, estuvo tentada a contestarle como se merecía, pero por respeto a los Carotta no lo hizo.

—¿Cuándo te vas a París? —preguntó cansado, Massimo.

—Mañana en la tarde. ¿Estás seguro que no quieres venir conmigo?

—No puedo, Ornella. Sabes de sobra que tengo que supervisar la cosecha.

—*Non è vero, si rimane solo stare con questa cagna!* —explotó Ornella.

Brittany enrojeció de rabia y vergüenza. La palabra *cagna* la conocía perfectamente pues los policías del aeropuerto la habían usado varias veces. Al buscarla después en el diccionario se enteró que era la forma italiana para denominar a una cualquiera.

Eso fue el inicio de una airada discusión en la mesa. Ella se puso de pie en silencio y subió casi corriendo a la habitación.

6

Brittany se tenía a sí misma por una mujer fría, fuerte; capaz de enfrentarse al competidor más fiero en los negocios, pero esa noche parecía una hoja agitada por el viento: no cesaba de temblar.

Lo único que la hubiera confortado en esos momentos de ansiedad, sería un abrazo de su padre, más él había partido hacía tiempo: primero se había marchado de su casa con la secretaria en práctica de la oficina, y luego definitivamente del mundo y de su vida. Su padre había muerto intentando llevar la vida sexual de un hombre de treinta años, a los sesenta.

Salió al balcón para tomar el aire fresco de la noche. El cielo se veía hermoso, plagado de estrellas. En Nueva York, difícilmente se disfrutaba de un espectáculo así. El verano estaba finalizando, pero todavía estaba caluroso. Bendito Mediterráneo, no tenía nada que ver con las frías aguas del Atlántico.

Quizás el ambiente hizo aflorar el dolor largamente contenido. Su orgullo estaba herido, y no sabía que era peor en ese momento, si la boda fallida con Jeremy, o la forma como la trataba ese remedo de Sofía Loren.

Respiró hondo para tragarse las lágrimas. Después se observó a sí misma en la oscuridad. Qué desperdicio había sido vestir el Carolina Herrera esa noche. A esa hora debería estar bebiendo champaña y apostando unos euros en algún casino. Tal vez, ya habría conocido a un italiano guapo y disponible, y en vez de eso, estaba varada en un viñedo perdido de la Toscana.

—Brittany.

La voz repentina de Massimo detrás de ella, la sobresaltó y dio un respingo

—Me asustó. ¿Por qué se aparece tan sigilosamente?

—Yo golpeé, pero imagino que no escuchó. Parecía estar muy lejos

de aquí. ¿En qué pensaba? ¿En su novio, quizás? —¿Por qué le había preguntado eso?

—En... No. Olvídelo. Solo en tonterías.

—Tonterías importantes, estaba muy concentrada.

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí? —Lo mejor era cambiar de tema. —No creo que a su novia le vaya a gustar que esté aquí.

—Esta es mi casa y puedo estar donde me plazca... Ya se marchó.

—¡Ah!

—La verdad es que vine a disculparme.

—Usted no me ha hecho nada.

Massimo rio con suavidad, y eso erizó los vellos de la nuca de Brittany. Estaba demasiado cerca de ella, y aunque no lograba ver bien su rostro en la oscuridad, el brillo de sus ojos resplandecía en la noche como los de un animal nocturno.

—Lo sé, pero es mi invitada, y Ornella se pasó de la raya.

—¿Siempre es así?

—No, solo cuando...

—¿Está celosa? —terminó Brittany, por él—. Aunque no lo apruebo, lo entiendo, pero debería saber que está muy alejada de la realidad.

Se quedaron en silencio por unos instantes, solo observando lo que las estrellas les permitían ver el uno del otro. De pronto, Massimo rompió el hechizo, alejándose del balcón para encender una lámpara.

—Vine a traer el postre —dijo él, extendiéndole uno de los dos pocillos de cristal que llevaba en una pequeña bandeja plateada.

—No como dulces.

—Dice eso porque no ha probado el Tiramisú de María. Mamá lo adora.

Brittany, recibió el postre de la mano de él, y apenas probó un bocado, para enseguida comenzar a jugar con la cuchara dentro del pote.

—¿Hace dieta? No la necesita.

—Y usted, ¿qué sabe de eso?

—Tiene huesos pequeños —sentenció él mirándola desde su altura, y estiró una mano para tocarle un pómulo con los dedos. Intentó que su gesto no pareciera tan íntimo, sin conseguirlo. ¿Qué tenía esa mujer que lo atraía como si tuviera un imán? —¿Por qué está aquí? —preguntó enseguida, para que sus pensamientos cambiaran de rumbo.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En su casa, o en Italia? —Brittany había entendido perfectamente la pregunta, pero no quería hacer las cosas fáciles al hombre.

—En Italia, por supuesto.

—Vacaciones. —Por nada del mundo le contaría de su fallida boda.

—¿Sola?

—Sí. —¿Qué hombre más curioso! —¿Sabe? Hoy fue un día agotador. Estoy muy cansada—. No le importó sonar grosera.

—Soy un bruto. Disculpe. Es obvio que necesita descansar. Me llevo el postre, ya que apenas lo probó.

—Le dije que no como dulces.

—¿Siempre es tan negativa?

—Buenas noches.

—*Buona notte, bella!*

Massimo salió en silencio de la habitación, llevándose consigo la bandeja. La idea que había tenido con la finalidad de averiguar algo de la vida de su invitada, no había funcionado. No solo estaba intrigado por saber quién era la hermosa rubia, sino que demasiado atraído también, y eso no era nada bueno. No podía olvidar la existencia de Ornella, que mal o bien, era su novia. ¿En dónde había tenido la cabeza cuando aceptó semejante acuerdo? Siempre supo que tarde o temprano iba a llegar el día que se arrepentiría de haber tomado decisiones tan apresuradas.

Luego de devolver los postres a la cocina, Massimo subió nuevamente, pero en vez de ir a su habitación continuó hasta el final del pasillo.

Olympia, estaba recostada sobre las almohadas con los ojos cerrados. Massimo creyó que dormía y decidió salir para que continuara descansado tranquila.

—No estoy durmiendo —anunció ella, cuando Massimo ya tenía una mano en el pomo de la puerta.

—Sí que me engañaste —la regañó él con dulzura, regresando junto a la cama.

—Estoy cansada de estar metida en esta cama.

—¿Solo ha sido el día de hoy!

—Sí, pero la semana pasada también estuve un par de días, y la anterior, y el mes pasado...

—Ten paciencia *mamma*... Sé que no te gusta que te lo diga, pero si te cuidaras, te sentirías mucho mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes mejor que nadie: las pastas, los postres de María, el *chianti*. ¿Sigo?

—Son solo unos mareos, Massimo —se defendió Olympia, haciendo pucheros.

—Claro. Es obvio si la presión te sube. Y no te olvides de tu diabetes. ¿Hace cuánto que no vas al médico? No te has hecho hace tiempo tus exámenes de rutina. Te has aprovechado de que no he podido para estar pendiente de tus cosas últimamente.

—¡Oh, Massimo, déjame en paz! No me trates como si fuera una niña pequeña.

—Entonces, actúa como una adulta responsable —la regañó nuevamente, pero esta vez enfadado—. Si me prometes que te vas a cuidar, y que la próxima semana sin falta irás a ver al médico, te puedes levantar mañana.

—¿En serio?

—Palabra de Carotta —dijo él, levantando la mano derecha—. Además, podrás conocer a una invitada que llegó hoy, y que estoy seguro te encantará conocer: una chica de los Estados Unidos.

—No me digas, ¿y cómo es eso?

—Dejaré que ella te lo cuente mañana. Ahora me voy a la cama, pues ya estamos al final de la cosecha y estoy muy cansado. —Massimo se aproximó hasta su madre y le dio un tierno beso en la frente, y luego en una de sus manos—. Duerme bien.

—Tú también hijo.

Massimo salió, y Olympia se quedó pensando en la invitada, ¿quién sería?

7

Aunque le hubiera gustado levantarse al mediodía, gracias a la fuerza de la costumbre, Brittany se despertó temprano. Se puso una bata de seda y abrió la ventana para asomarse al balcón. Al escuchar ruidos afuera, consultó su reloj: pasaban quince minutos de las ocho y los jornaleros ya se encontraban trabajando en las vides.

Antes de meterse al baño, revolvió nuevamente su ropa para ver qué podía usar ese día, pero no encontró nada adecuado pues casi todas las prendas habían sido pensadas para recorrer calles más elegantes que las de tierra de la villa.

Sin tener más de dónde elegir tuvo que decidirse por uno de los vestidos de gasa estampados. Y en cuanto a zapatos, solo tenía un par sin tacones, pero hasta esos eran demasiado elegantes. Procuraría no alejarse de la casa para no estropear el atuendo o el calzado. De pronto tomó nota de la superficialidad de sus pensamientos, y los redirigió hacia el deseo ferviente de poder ir a Florencia esa misma mañana para recuperar sus documentos lo más rápido posible. Si se daba prisa, aún alcanzaba a disfrutar de la riviéra italiana, y jugar algunas fichas en un casino.

Cuando iba bajando por las escaleras, le llamó la atención que hubiera tanto silencio. No sabía por qué tenía la idea de que las casas italianas eran bulliciosas a toda hora.

Recorrió vacilante la planta baja, no sabía si ir al comedor o a la cocina. Estaba a punto de ir hasta la zona de servicio cuando se encontró con María en un pasillo.

—*Buongiorno signorina!*

—Buenos días.

—La señora, la espera en la piscina.

—¿Por dónde...?

María le indicó que la siguiera, y la llevó por una puerta que no era la principal ni la de atrás. Brittany pensó que le daría frío porque era muy

temprano, pero al salir comprobó que el ambiente estaba cálido.

Olympia Ferguson, la esperaba recostada en una tumbona junto a la piscina. La mujer sostenía un vaso de zumo en la mano y le hizo un gesto a Brittany para que se sentara junto a ella.

Contrario a lo que se había imaginado, la madre de Massimo, era una mujer de rostro dulce y ojos celestes. Brittany llegó a la conclusión de que cuando joven debió ser muy hermosa, y ni el paso del tiempo había logrado opacar tanta belleza.

—¡Bienvenida al Valle del Chianti!

—Gracias —saludó ella—. Soy Brittany Roberts.

—Encantada de conocerla, mi hijo me comentó que es de Nueva York. —Olympia, estiró la mano derecha y tomó la izquierda de Brittany. Más que saludo fue una muestra de afecto.

—El gusto es mío, señora Carotta —respondió cortésmente Brittany.

—Por favor, no me trates de usted, llámame Olympia a secas. Soy una vieja, pero no anticuada. Mientras María nos trae el desayuno, cuéntame qué te trae a la Toscana.

Después de pronunciar estas palabras, Olympia se puso de pie y guio a Brittany hasta una pérgola que estaba más allá de la piscina.

—Las tumbonas son cómodas, pero no me gusta comer tan recostada —explicó con una sonrisa.

Ambas mujeres se sentaron alrededor de la pequeña mesa que estaba dispuesta en la pérgola. Brittany se sintió embriagada del aroma de las flores de la enredadera que la cubría. Luego comenzaron a charlar, y la conversación resultó tan fluida y espontánea, que no quedó la menor duda que la simpatía inmediata que sintieron la una por la otra fue mutua.

El carácter extrovertido y afable de Olympia, agradó a Brittany tanto como para ser capaz de ser sincera y contarle todo lo sucedido, sin ahorrarse detalle. Ella estaba extrañada de la facilidad con la que se había abierto a alguien a quien apenas venía conociendo. Quizás fuera la mirada limpia de la mujer la que le inspiró tal confianza. Cuando terminó, Olympia la miró con una mezcla de comprensión y lástima.

—Pasar unos días en la Toscana te hará muy bien. Mirar tanto verde revitaliza el alma.

—La verdad Olympia, yo esperaba ir hoy mismo a Florencia a ver lo

del pasaporte. Tenía el itinerario hecho, pero no sé si podré recuperar las reservas.

—Querida, iremos a Milán el lunes. En Florencia no hay oficina del consulado estadounidense. Y en cuanto a tu itinerario no te preocupes, le diré a los chicos que te lleven a pasear. ¿A dónde te gustaría ir?

—No quiero ser una molestia, además no le agrado a la novia de su hijo.

—¿A Ornella? No le hagas caso. Es una chica tonta. Si tan solo Massimo...

—¿Qué?

—Nada, estaba pensando en voz alta. Mira, ella estará unos días en París, así que no debes preocuparte.

Después que terminaron el desayuno, Olympia la invitó a conocer la propiedad. Cuando se levantó de la silla y cogió un bastón, Brittany se dio cuenta de que la mujer tenía un problema en la pierna derecha.

—Nací mal de una cadera —explicó—, pero nunca me dio problemas, hasta hace poco.

—Pero ahora hay remedio casi para todo.

—Lo sé, querida. Pero mis otros padecimientos hacen riesgosa una operación. Además, ya estoy vieja, y sola. Da lo mismo cómo me vea.

Brittany no supo qué reponer a la reflexión de Olympia, pero pensó que era increíble que una mujer tan alegre y positiva, tuviera al mismo tiempo la autoestima tan baja. Se propuso a sí misma que intentaría que su nueva amiga, cambiara su forma de pensar.

Estuvieron más de media hora recorriendo el jardín y los alrededores de la casa, sin acercarse a los viñedos.

—Antes, yo misma me encargaba de las flores. Los geranios me gustan mucho a pesar de que son plantas vulgares, pero ofrecen tanta variedad de colores que es una delicia mirarlos. ¿Tú tienes jardín en Nueva York?

—No, ni siquiera una planta de interior —respondió avergonzada—. Vivo en un departamento y no tengo mucho tiempo para eso. Pero mamá vive en una casa con jardín y le dedica muchas horas. Comenzó a ocuparse de él como una especie de terapia cuando ella y papá se divorciaron, pero le gustó tanto hacerlo que ahora no logra pasar una semana sin arreglar algo: quitar la maleza o plantar una nueva maceta.

—Es cierto, cuando estás en el jardín te olvidas de todo lo demás.

Continuaron caminando y charlando, pero cuando Olympia dio muestras de estar exhausta, Brittany inventó una disculpa para llevarla dentro de la casa.

—Olympia, no estoy acostumbrada a tanto calor, ¿por qué no vamos adentro que está más fresco?

—Claro, se me olvidaba cómo me sentía yo cuando recién llegué a Montefioralle.

—¿Montefioralle?

—Es ese pueblo, cuyos tejados se ven desde la planta alta.

—¡Ah! Los he visto.

—Es un lugar muy pintoresco. Massimo debe llevarte a conocerlo.

—Él debe tener cosas más importantes que hacer.

—Lo hará. Te lo aseguro.

Cuando entraron a la casa, Ornella ya se había levantado y estaba desayunando en el comedor, mientras María rezongaba porque era la única que se levantaba después de las diez de la mañana.

—Britt, ¿vamos a la piscina?

—¿No estará muy fría el agua? ¿No es muy temprano?

—En invierno llueve bastante en otoño, pero aún quedan unas semanas de calor. ¿Tienes traje de baño? Yo te puedo prestar uno.

—Gracias, Francesca. La verdad es que no traje porque pensé que el clima ya estaría fresco.

—Vamos entonces. Te aseguro que el agua no está fría. Y si no quieres entrar a la piscina, puedes tomar el sol.

Brittany, miró desconcertada a Olympia esperando que ella se opusiera.

—Es una excelente idea, Brittany. Yo iré a descansar un rato y luego las alcanzo. ¿Me acompañas, María?

—Bueno, Britt. Vamos a mi habitación.

Massimo, había estado distraído toda la mañana, sin saber por qué. O mejor dicho, sabía pero no lo quería admitir: no podía sacarse a Brittany de la cabeza. Para rematar su estado de abstracción, se cortó un dedo mientras reparaba una de las cercas limítrofes y le salía mucha sangre, por lo que decidió ir a que María lo curara en casa.

Al entrar, llamó a María pero ella no estaba, y la otra muchacha tampoco, luego escuchó risas provenientes del jardín y salió a ver si ella se encontraba afuera. Sin embargo, lo primero que vio fue a Brittany, ataviada con un *bikini* color verde jade, que no dejaba nada a la imaginación. Parecía que la prenda era dos tallas menos que la portadora: la parte de arriba apenas sostenía los bien formados senos, y la parte de abajo era un minúsculo triángulo que subía como un hilo dental entre las nalgas. Massimo había visto a muchas mujeres vestidas, perdón, desvestidas así, pero ninguna le había causado la misma impresión que Brittany. Como un vulgar fisgón se quedó escondido detrás de un arbusto para observarla un poco más, y cuando ella se puso de pie y caminó hasta el borde de la piscina, debió poner la mano buena sobre su entrepierna. Brittany efectuó un limpio clavado y enseguida comenzó a nadar con la gracia de una sirena: nunca había visto una, pero imaginó que de existir serían como la menuda Britt.

8

Massimo, se quedó otro rato observando a Brittany, pero la mano que se había cortado no paraba de sangrar. Decidió salir de su escondite justo en el preciso momento en que ella emergía del agua, igual que en un comercial de la televisión, inclusive cuando ella sacudió su cabellera le pareció que lo hacía en cámara lenta con el único fin de seducirlo. ¡Pero, qué idiota! ¿Qué le estaba ocurriendo?

Brittany estaba concentrada sacudiendo su cabello, sin embargo, logró percibir claramente que alguien la observaba y cuando se volteó descubrió los ojos abrazadores del italiano posados sobre ella.

El incendio en la mirada de Massimo llegó hasta ella tan claro y fuerte que deseó darse un nuevo chapuzón para enfriar su piel, en vez de eso, agarró lo más rápido que pudo la bata de felpa que le había prestado Francesca y se envolvió en ella. Cuando comprobó que se había cubierto por completo, levantó la mirada. Él la hacía sentir desnuda, y no era porque apenas fuera cubierta, sino de una forma mucho más íntima y peligrosa.

—¿Qué le pasó? —preguntó alarmada al verlo sangrar. Olympia volvió la cabeza porque no soportaba ver sangre.

—Me corté mientras reparaba una cerca. Iré a que María me cure.

—Yo lo haré, ¿tiene kit de primeros auxilios?

—Sí, adentro.

—Francesca, cariño, ¿puedes ir a buscarlo?

—Claro, Britt.

—Veo que ya se hicieron buenas amigas.

—Es una chica estupenda. Estuvimos hablando mucho.

—¿De qué?

—Cosas de mujeres, y no, no de chicos.

—¡Ah!

—Ustedes los hombres creen que es nuestro único tema de conversación.

—Podrían charlar de moda también.

—Se va a tener que quedar con la curiosidad porque no le diré nada.

—Mamá, ya puedes volver la cabeza. No es para tanto.

—Tú sabes —le informó Olympia—, que no soporto la sangre.

—No se preocupe, no mire si no quiere —le dijo Brittany, mientras le dirigía una mirada asesina a Massimo.

—Voy a ver si estará pronto el almuerzo. —Olympia se puso de pie, y caminó por el adoquinado del jardín, teniendo sumo cuidado de no pasar junto a Massimo.

—Olympia me ha dicho que el lunes la llevará al médico. ¿Podría llevarme a Florencia para ver qué se puede hacer?

—Puedo.

—Gracias. ¿Dónde estará buscando Francesca el botiquín que no llega?

En ese momento su hermana apareció en el jardín con una caja blanca en la mano.

—Disculpen, no la encontraba y María tampoco sabía dónde estaba.

Brittany cogió la caja en silencio, y sacó algodón y un frasco de alcohol de su interior. Después le tomó la mano con firmeza para dejar expuesto el corte que se encontraba en la palma. La herida tenía unos dos centímetros, pero no era profunda, por lo que no requeriría puntos.

—Es una herida leve —le dijo a Massimo—. No necesita puntos, pero si quiere puede ir al hospital.

Brittany empapó un trozo de algodón con alcohol y le limpió la herida. Instintivamente, Massimo quiso retirar la mano, pero ella no se lo permitió.

—¡Duele!

—Será solo un momento.

Con suma delicadeza, continuó limpiando la mano de Massimo, y él pronto se olvidó del dolor porque lo único que sentía era lo que Brittany le estaba haciendo. Cada vez que ella pasaba el algodón por la palma de su mano, imaginaba que era una caricia. Se preguntó cómo sería sentir esos dedos delicados en otras partes de su cuerpo. Condenada mujer, ni se imaginaba cuánto la deseaba.

—Ya está —anunció ella.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Le dije que el corte no era profundo.

—Menos mal. Gracias, Brittany. Tiene manos hábiles.

—Tomé un curso breve de primeros auxilios en la secundaria, y por suerte no se me ha olvidado.

—Tiene manos de ángel.

Ella se ruborizó.

—El almuerzo está listo —avisó de repente María, que parecía haber salido de la nada.

—Me iré a cambiar —dijo Brittany, y se alejó con rapidez.

—No la asustes —le dijo Francesca a Massimo, en voz baja.

—¿De qué hablas?

—He visto cómo la miras, hermano.

—Son visiones tuyas.

—No creas que soy tan niña como para no entender. El hecho de que no tenga novio no significa que no sepa de qué hablo.

—Insisto: no sé de qué hablas.

—Te lo diré claro: Britt y tú se gustan, pero estás amarrado a la pesada de Ornella... También conozco el «trato».

—¿Cómo?

—Te escuché hablar con mamá. Después del incendio. Ella te preguntó por qué la prisa de comprometerte con Ornella. A mamá no le agrada ella.

—Creo que estás confundida.

—¿En serio? Oí claramente que el padre de Ornella, prácticamente te impuso a su hija cuando te prestó el dinero después del incendio. Sé que nunca pensaste en ponerte de novio en serio con ella, hasta ese día.

—Él no me obligó.

—Por supuesto que no, Massimo, te lo «sugirió».

—Son cosas de adultos, Francesca.

—¡Tengo diecisiete, no soy una bebé!

—Está bien, está bien. Solo te pido que no vuelvas a comentarlo, ya veré cómo lo soluciono.

—Devolviendo el dinero, ¿no?

—Ojalá fuera tan fácil.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Por favor, tú no te preocupes.

Francesca entró también a la casa, dejando a su hermano sumido en sus pensamientos.

¿Cómo podía explicarle a su hermana o a su madre, que estaba obligado a cumplir el compromiso? Renato Santorini no solo era su acreedor, sino que era el presidente del Conzorcio de Vino Chianti Classico y nunca vio con buenos ojos que él quisiera producir Chianti que no fuera controlado por la Asociación. Además, había rumores de que el hombre tenía tratos con la mafia de Génova, lo que lo convertía en una persona altamente peligrosa.

No podía dejar plantada a Ornella sin exponer a su madre y hermana.

Mientras Massimo, taciturno, comía sin saber qué se echaba a la boca, las mujeres charlaban animadamente. Él se fijó en que su madre ya iba en la tercera copa de Chianti y su rostro lucía sonrosado. Pensó en llamarle la atención, pero eso la iba a avergonzar, así que decidió dejarlo para cuando estuvieran a solas.

Luego se concentró en Brittany: cuando se llevaba la copa a la boca, parecía besar el cristal con sus labios carnosos, ¡qué ganas de ser esa copa!

—¡Massimo!

—*Che cosa è, mamma?*

—¡En inglés, Massimo!

—Está bien. ¿Qué sucede mamá?

—Le decía a Britt que la puedes llevar a la Fiesta de la Cosecha de Verano.

—Mañana terminaremos de cosechar la uva.

—¡Es sábado!

—Lo sé, pero hay que terminar, o el lunes no podremos comenzar con el prensado.

—¿No iremos a Milán el lunes?

—Lo había olvidado.

—Por mí está bien —dijo Olympia, cerrándole un ojo a Brittany—. No tengo apuro por ver a ningún médico.

—*Mamma!* Iremos el lunes temprano a Milán. Comenzaré el prensado el martes, y el domingo... asistiremos un rato a la fiesta. ¿Está bien así?

—Ya sabía yo que encontrarías la forma de lidiar con todo.

—Ahora iré afuera a ver que no quede mucho para mañana.

Cuando Massimo se retiró, Brittany lo siguió con la mirada. Apenas llevaba dos días en aquella casa, y ya se estaba fijando en ese hombre más de la cuenta, eso no era nada bueno.

Esa tarde Brittany no volvió a ver a Massimo, y como Olympia se había retirado a su habitación y Francesca a estudiar con una amiga, decidió salir sola a explorar los alrededores o al menos la finca. Así que se fue a su cuarto y buscó unas gafas de sol y una *pamela*. Cuando estuvo lista, bajó sin hacer ruido y salió por la puerta de atrás.

Brittany cruzó el patio por donde había entrado el día anterior y continuó caminando hasta llegar a las vides.

Los jornaleros, hombres y mujeres, estaban afanados recolectando el fruto oscuro, casi negro. A ella le llamó la atención que no se vieran cansados o afligidos por tener que trabajar en la tierra. Por eso mismo se detuvo a pensar o más bien a comparar su vida con la de esos hombres y mujeres. Se miró el vestido de gasa y los elegantes zapatos de tacón bajo, y sintió vergüenza por primera vez en su vida.

Estaba regresando por donde había venido, cuando oyó que alguien la llamaba. Miró en todas direcciones sin descubrir a quien la llamaba, pero de pronto apareció una cabeza debajo de una vid.

—¡Brittanny!

—¿Paolo?

El muchacho se acercó a ella sacudiéndose el polvo de la ropa.

—¿Cómo estás? —Ella habló lento para que Paolo comprendiera.

—*Bene*.

—Me alegra saberlo —dijo ella y comenzó a alejarse.

Paolo sacó un pequeño libro de su bolsillo y comenzó a buscar las palabras que quería decirle. Brittany se fijó en que era un diccionario.

—¿Qui... Quieres salir con *me*, ma... mañana?

A pesar de la mezcla de italiano e inglés, Paolo había logrado hacerse entender. Brittany lo miró y pensó *¿por qué no?* Estaba a punto de responder afirmativamente cuando apareció Massimo.

9

Cuando Massimo vio a Paolo tan cerca de Brittany, vio todo rojo, la sangre hirvió dentro de sus venas, y por lo tanto no pudo evitar comportarse como lo hizo.

—*Paolo, perché non stai lavorando?!*

Muchos ojos y oídos se pusieron alerta cuando oyeron gritar al *patrone*.

—*Mi scusi, patrone, ho bisogno di parlare con Miss Brittany.*

—*Sei assunto per lavorare, per non intrattenere con i miei ospiti!*

Mientras todo esto ocurría, Brittany observaba con la boca abierta. No era necesario comprender lo que Massimo decía para saber que estaba furioso. Su rostro estaba rojo de ira y miraba al pobre Paolo como si quisiera matarlo. ¿Qué le pasaba a este hombre?

—*Mi dispiace, non succederà più.*

—*Naturalmente no, sei licenziato! Andiamo in casa per darvi l'insediamento.*

Massimo comenzó a caminar entre los surcos y metros más adelante se detuvo para asegurarse de que Paolo lo seguía. Entre tanto el joven, tuvo la intención de decirle algo más, pero cerró la boca y se fue detrás del *patrone*.

Muchas cabezas emergieron de detrás de los racimos de uva para dirigirle miradas de reproche a Brittany, o por lo menos de franca reprobación. Los murmullos se hicieron más fuertes, y nuevamente Brittany comprendió que se trataba de ella.

—¡No me miren a mí! —exclamó irritada—. Yo no hice nada. Es su *patrone* el que está loco.

Brittany comenzó a caminar de regreso, pero en vez de entrar a la casa, dio un rodeo y se fue a sentar bajo la pérgola del jardín. Allí la sombra estaba fresca y había la tranquilidad necesaria para poner en orden sus pensamientos. Al menos eso pensó hasta que vio aparecer a Massimo por la orilla de la piscina.

Primero pensó que venía detrás de ella, pero a los instantes salió de su error: Massimo comenzó a quitarse la ropa, y luego de quedarse solo con un *boxer* ajustado, se zambulló en el agua fresca.

Brittany tragó saliva. No estaba preparada para ver el espectáculo que significaba el cuerpo de ese hombre. Ella había estado enamorada de Jeremy, o quizás de la idea de formar su propio hogar, pero jamás lo había visto como un Adonis. Massimo ofrecía lo que cualquier mujer con sueños libidinosos quisiera para pasar noches o días enteros en completa lujuria.

La humedad que invadió su intimidad, la obligó a ponerse de pie para escapar lo más pronto de allí, sin embargo, pasó a llevar una de las pesadas sillas de hierro forjado y esta hizo un ruido fuerte llamando la atención del bañista. Brittany se detuvo en seco, ya no era posible salir de allí sin llamar más la atención.

—*Chi c'è? Francesca?... Beh, chi è?*

—Soy yo, señor Carotta —respondió ella, saliendo de la pérgola. Había sido inútil seguir ocultándose.

—¡Brittany! —Él se mostró sorprendido, así que era ahí donde se había ido a ocultar—. ¿Estaba escondida acaso?

—Necesitaba pensar sobre los últimos acontecimientos. Fue muy duro con Paolo, señor Carotta.

Massimo salió de un salto de la piscina y en un segundo estaba estilando agua junto a ella.

—¿Por qué lo cree?

—¿Por qué lo despidió? No estaba haciendo nada malo. Solo me invitó a salir.

—Él tenía que estar trabajando, no intimando con mi huésped.

—¿Su huésped? Recuerde que es solo circunstancial. Yo no pedí ser su invitada. Quizás si me hubiese ayudado en el aeropuerto, ya habría recuperado mis cosas.

—Ya le expliqué que era urgente.

—Sí. Lo siento. De todas formas, usted no es mi *patrone*.

Massimo sintió deseos de reír y lo hizo.

—¿De qué se ríe?

—De usted. ¿Cómo cree que puede llamarme la atención?

—¡Obvio que no, si es un majadero! —espetó ella indignada, antes de darse la vuelta para regresar a la casa.

Esto era más de lo que Massimo podía soportar. Furioso por el insulto, la tomó de un brazo y la atrajo hacia él. Le iba a demostrar qué podía hacer ese majadero.

Sin pensarlo dos veces, la atrapó entre sus brazos y la besó. Él pensó que Brittany se resistiría, pero era como si ella estuviera esperando ese beso, pues enseguida se pegó a él y le correspondió con la misma pasión o quizás más.

Al sentir que era correspondido, Massimo enloqueció y sus manos febriles se pasearon ansiosas por el cuerpo de ella hasta llegar al final de su espalda. Cuando la tuvo cómo y dónde quería, apretó con fuerza a Brittany para que sintiera la dureza del deseo que estaba experimentando ahora mismo.

Brittany gimió. Dentro de su nublada consciencia se encendió un letrero advirtiéndole que, si no detenía a Massimo, le haría el amor allí mismo, pero ¿quería detenerlo? No tuvo que buscar respuesta para la interrogante, pues él se apartó bruscamente.

—¿Todavía piensas que soy un majadero?

—Sí.

—Está bien —repuso Massimo, antes de zambullirse nuevamente en la piscina.

Brittany, todavía muy alterada, observó el agua con ojos confusos: Massimo estaba nadando y no volvió a dirigir la vista hacia ella. Con paso inseguro, ella se dio la media vuelta y caminó en dirección a la puerta de la cocina.

Más tarde en su habitación, Massimo se paseaba de un lugar a otro. Después se sentó en la cama y se mesó el cabello con ambas manos, ¿qué había hecho? ¿Por qué había cedido a la provocación de esa rubia menuda con ojos retadores? ¡Dios, cuánto la había deseado! ¡Cómo le hubiese gustado hacerla suya en ese instante! Por suerte se detuvo a tiempo, ¿qué estaría pensando ahora? No sabía quién era, ni cuál era su historia, pero en el fondo de los ojos parecía llevar un gran dolor que disimulaba muy bien.

Brittany se había ido a encerrar a su habitación.

Se dejó caer en el sofá que estaba junto a la ventana. Todavía estaba temblorosa. No estaba preparada para ese ataque a sus emociones. La

sensualidad de Massimo la pilló desprevenida y no fue capaz de resistirse. Era odioso hacerlo, pero Jeremy nunca la había besado de esa forma, la pasión de él solo aparecía en el momento de concretar el acto sexual, y nunca antes. En cambio, Massimo era diferente, intuía que, si hubieran llegado más allá, hubiera descubierto en él no solo a un amante apasionado, sino también a un hombre que hubiera estado preocupado de satisfacerla. Más, no hubiese sido razonable ir más allá. Venía saliendo de una relación rota e involucrarse con otro hombre tan pronto era mala idea, *además ya tiene a otra mujer en su vida*, pensó con un suspiro. Aunque, *¿por qué no divertirse un poco a costa de él?*, se preguntó después con un brillo malicioso en los ojos.

Estaba segura de que Massimo iba a esperar que se presentara con actitud contrita a la hora de la cena. Pero no, el que iba a arrepentirse de hacerse pasar por seductor, sin duda sería él. Nunca más permitiría que un hombre jugara con ella.

Cuando sintió que sus pensamientos estaban en orden, se recostó en la cama y se durmió. A las siete de la tarde, vino Francesca a despertarla porque pronto sería hora de la cena.

10

Esa noche para cenar, Brittany se puso uno de los vestidos más provocativos que tenía en su maleta. La prenda era de color verde, similar al traje de baño que le había prestado Francesca, pero el escote de la parte de atrás llegaba al final de la espalda. Lo había querido vestir solo con la intención de provocar a Massimo, ya que cuando entrara en el comedor él solo vería un vestido sobrio y ajustado por delante, casi sin gracia, pero sabía muy bien lo que provocaría en él cuando por algún motivo tuviera que darle la espalda. Así que Brittany se hizo esperar unos minutos.

—¿Le avisaste a Britt que la cena estaba lista, Francesca? —preguntó Olympia algo disgustada, no le gustaba que la hicieran esperar.

—Sí, mamá, hace un buen rato.

—*Mamma* —interrumpió Massimo—, no quise decirte nada delante de Brittany a la hora de almuerzo, pero bebiste mucho Chianty.

—¡Massimo, qué aguafiestas!

—Está bien, sigue cómo estás, pero no te quejes si tus exámenes salen mal y el médico te prohíbe hasta la última gota de vino.

—¡Oh, no lo soportaría! Una de las cosas que me enamoraron de tu padre, fue el delicioso Chianti que fabricaba.

—Solo te pido que te moderes, mamá. Una sola copa es más que suficiente. Te agradó Brittany, ¿verdad? —Olympia asintió con la cabeza—. ¿No te importa lo que pueda pensar ella de ti?

—Tienes razón, hijo. Intentaré ser más juiciosa.

Massimo estiró su mano y acarició la de su madre, y luego le guiñó un ojo con cariño.

—Yo también te amo, *amore mio*.

—¡Silencio, parece que ahí viene Britt! —advirtió Francesca en voz baja.

Nuevamente, Massimo vio a Brittany como en un comercial de

televisión: su cabello rubio cayendo sobre sus hombros y ese vestido que acentuaba el color de sus ojos. ¿Qué tenía esa chica que lo atraía como la luz a las polillas? Y por supuesto, él era la polilla. Brittany saludó a todos en la mesa, pero él apenas respondió porque estaba más concentrado en cómo la prenda se adaptaba a su cuerpo delatando sus curvas, que en lo que ella tuviera que decir. *¡Imbécil, ella no es un objeto, más respeto!*

Esta vez, Massimo, puso más atención a la charla y a la comida. Y no supo si sentirse ofendido o no, por la actitud de Brittany que se comportaba como si no hubiera sucedido nada entre ellos, por el contrario, lo miraba directamente a la cara con un brillo travieso en los ojos. Entonces, Massimo se relajó y decidió seguirle el juego a la rubia.

—¿Sabe, Olympia? —interrogó de pronto Brittany—. Su hijo despidió a un pobre chico porque lo encontró charlando conmigo.

—¿Es cierto eso, Massimo?

—Sí, mamá. Paolo estaba entreteniéndose con Brittany en vez de estar trabajando.

—¿Y cómo lo hará ahora?

—No sé. Debió pensarlo antes. Sabe de sobra que tiene muchas responsabilidades y que por ende no puede darse el lujo de perder un trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —preguntó Brittany con bastante curiosidad.

—Paolo tiene esposa e hijo —respondió Olympia—, y su padre está muy enfermo. Cómo puedes ver, tiene responsabilidades. Él podría ser capataz, pero siempre prefiere holgazanear antes que trabajar. Su padre trabajó con el difunto Carotta por muchos años. Mi esposo ayudó a pagar los estudios del muchacho, pero él no los terminó, y es por eso que ahora se gana el sustento como jornalero. Podría haber sido lo que deseaba, pero...

—Si lo hubiese sabido, jamás me habría parado a charlar con él —repuso Brittany con pesar.

—No tenías cómo saberlo, Britt.

—¿No podrías darle otra oportunidad, Massimo?

La familiaridad con que Brittany le habló a Massimo no pasó desapercibida en la mesa y las mujeres Carotta intercambiaron miradas, disimulando sus sonrisas.

—¿Por qué, te importa él? —Massimo estaba celoso y no supo

ocultarlo.

—¡Dios, no! Lo digo por su familia, por su padre. Ellos no merecen pagar por lo que haga ese joven insensato.

—Lo pensaré.

Ya no se habló más del tema, y la cena continuó con menos tensión entre Brittany y Massimo. Ella era deliciosa y él solo quería llevársela a la cama o a dónde fuera que pudiera hacerle el amor.

Cuando la cena terminó, Olympia se levantó inmediatamente, pretextando dolor de cabeza. En realidad, la madre de Massimo quería que los jóvenes se quedaran solos. Una pequeña aventura no le haría mal a ninguno de los dos. Brittany tenía algo que hacía brillar los ojos de su hijo, en cambio Ornella... *Mejor no invocar al diablo, o puede materializarse de pronto*, pensó con ironía. Enseguida le hizo un gesto a Francesca, y ella comprendiendo al instante, ahogó un bostezo y dijo que se iba a la cama.

Al verse solo con Brittany, Massimo comenzó a pensar en posibles ideas para tener un acercamiento más íntimo con ella. No quería ser tan obvio. Deseaba que se diera con naturalidad. Pero tenía que ser pronto o se volvería loco.

Cuando una voz en el cerebro le recordó la existencia de Ornella, él se golpeó la cabeza para silenciarla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, sorprendida al verlo actuar tan raro.

—¡Ah! Nada, solo que se me acaba de ocurrir, que quizás te gustaría ver las bodegas.

—¿Las bodegas?

—Sí, es donde están las barricas de Chianti.

—¿Y se pueden ver de noche?

—Sí. Hay iluminación. Inclusive se puede cenar allí. A veces los turistas quieren ver cómo se prepara el vino, también les gusta catar el producto.

—¡Oh! Eso es lo que deseaba hacer... —Iba a mencionar a Jeremy, pero se calló a tiempo.

—¿A quién?

—Yo. Es lo que había pensado hacer.

—¿Vamos, entonces?

—Vamos.

Caminaron en silencio hacia un sector de la finca que Brittany aún no conocía. A lo lejos se veían unas construcciones iluminadas que destacaban bajo la noche toscana.

—¿Por qué pones música?

—Porque así todos trabajan con más alegría. ¿No te gusta la música?

—No sé. No soy aficionada pero tampoco me molesta. Me gustó la que tenías puesta el día que llegué.

—Era Verdi. Las cuatro estaciones.

Llegaron a la primera bodega, y un hombre salió a su encuentro saludando a Massimo. Luego de un intercambio de palabras en italiano, siguieron adelante. De inmediato el aroma del Chianti inundó las fosas nasales de Brittany y ella dio un respingo.

—¿Es desagradable?

—No, penetrante.

Dentro de la gran bodega, había unos depósitos de acero inoxidable y unos enormes barriles que Massimo informó eran de roble.

—Hay vino en distintos estados de maduración —explicó él, mostrando los barriles—, y los que están en tinajas de acero, están fermentando.

—¿Cuántas bodegas tienes?

—Dos para almacenamiento y una para producción. Nuestra viña es pequeña.

Massimo se alejó hasta una estantería y tomó una botella, cuya etiqueta era blanca con bordes dorados y ostentaba la figura de un gallo negro sobre las letras CDC.

—¿CDC?

—«Chianti Di Carotta». Chianti Clásico.

Massimo dejó la botella a un lado, tomó una copa y caminó hasta uno de los toneles. Puso el cristal debajo del grifo y la abrió.

—Este tiene dos meses.

Massimo le tendió la copa a Brittany y espero a que ella bebiera.

—No sé hacerlo como un profesional.

—No importa, bebe.

Ella hizo lo que él le indicaba, y luego le devolvió la copa.

—Está bueno.

Massimo fue en busca de la botella nuevamente y la descorchó.

—Prueba este —dijo, vertiendo una buena cantidad en otra copa.

—¡Delicioso!

—Este fue producción de mi padre, tiene seis años. Yo, aún no logro la misma perfección.

—No soy una experta, pero te aseguro que falta poco.

—¿Quieres más?

—¿No beberás conmigo? ¿Me quieres embriagar, Massimo Carotta?

Brittany, con su cabeza ya chispeante, se acercó peligrosamente a él.

Massimo se contuvo, aún no era el momento.

Massimo rellenó la copa de ella y se sirvió una para él.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él.

—¿Por estar vivos?

—Por conocerte —dijo él, serio, y levantó su copa. Luego se la llevó a los labios y bebió—. ¿Sabes? Me intriga mucho saber qué haces aquí.

—Me robaron, ¿recuerdas?

—No quise decir en mi casa, en Italia.

—Vacaciones.

—No sé por qué, pero no te creo.

—Si piensas iniciar un interrogatorio, mejor me voy.

Brittany dejó con brusquedad la copa encima de una mesa que había allí, y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Brittany! ¡Britt, regresa!

Sin mirar atrás, ella levantó una mano y le hizo un gesto de despedida.

Massimo, avanzó rápido y la cogió de un brazo. Ella airada lo miró a la cara.

—¡Suéltame! ¿Qué pretendes?

—No volveré a preguntar —dijo él, con su rostro muy cerca al de ella.

Brittany jadeó. Massimo estaba demasiado cerca.

Massimo bajó la vista y observó hipnotizado los labios de Brittany.

—Massimo...

—Britanny....

Massimo no supo cómo dejó la copa que aún sostenía en una de sus manos, sobre la mesa. Solo fue consciente de la urgencia con la que tomó a Brittany entre sus brazos y deslizó sus manos por esa espalda tersa.

—He querido hacer esto toda la noche —dijo con voz ronca, y con gentileza deslizó el vestido verde de los hombros de la joven.

11

Massimo se dio cuenta de que a pesar de que Brittany no era una mujer inexperta, tampoco era una mujer avezada en las lides del sexo. Aún guardaba mucho del recato que tienen las damas que nunca estuvieron con un hombre antes, y eso lo enardecía aún más.

—Eres hermosa —le dijo él, mientras ella se retorció por la forma en la que él jugueteaba con sus pezones—, y me vuelves loco.

¿Era verdad? ¿Ella lo enloquecía tanto así que por él no se apartaría jamás de entre sus piernas?

—Tú...también...me gustas —repuso ella, jadeando—, aunque al principio te odié.

—Y tú me pareciste insoportable.

—¡Oh!

—¿Te sorprende?

—No. Eso que me haces...

Massimo estaba besando su ombligo y luego continuó más abajo, torturándola, esperando a que ella lo detuviera o lo incitara a continuar hasta el lugar donde irremediablemente se perdería en un profundo goce.

—¿Te gusta?

—¡Sí!

—¿Quieres que siga?

—¡Oh! No sé. Es que a mí nunca...

—Massimo se sorprendió, ¿una mujer a la que nunca le habían practicado sexo oral?

—Entonces, es tiempo de guardar silencio y dejarse llevar.

Brittany no estaba preparada para lo que vino después: un asalto de sensaciones que la dividían entre el pudor y el deseo, y aunque en un principio el primero se impuso, fue el segundo quien resultó vencedor.

Brittany jamás pensó que se podía subir al cielo y permanecer flotando en una nube del más puro éxtasis.

Todavía sentía su cuerpo ingrátido cuando rememoró el sexo con Jeremy, él era tan... Tan insulso.

Cuando Brittany se calmó, Massimo ascendió lentamente y sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró. Brittany gimió porque no pensó que Massimo pudiera superar lo que la había hecho sentir instantes antes, pero estaba equivocada: ese hombre era todo y más de lo que cualquier mujer quisiera en su cama. Ahora que él se movía sobre su cuerpo y la elevaba nuevamente hasta llevarla a tocar las estrellas, ella supo que irremediamente Massimo quedaría adherido a su piel. Suciediera lo que sucediera, ella nunca más volvería a ser la misma.

Cuando todo terminó Brittany se quedó dormida en los brazos de Massimo, pero con un regusto amargo en la boca pues sabía que no podía siquiera soñar con que él le perteneciera.

Brittany despertó antes que Massimo, y luego de una breve mirada para asegurarse de que aún dormía, se levantó de la manta. Ella se hubiera quedado con gusto observando ese cuerpo moreno y quizás hasta habría intentado tenerlo una vez más, pero sería un error, cuando él despertara comprendería la equivocación que había cometido y... El juego que ella misma había comenzado se había tornado en su contra, eso pasaba a veces por jugar con fuego: ¡quemarse!

Al salir de la bodega, caminó hasta el cerco, bajo la mirada atenta del guardia nocturno. Ella ignoró al hombre con dignidad y se concentró en observar su entorno bajo los primeros rayos del sol.

—¡Mierda! —exclamó cuando se dio cuenta de que la bodega estaba al pie de una colina cubierta de majestuosos viñedos.

Gracias a la aurora estival, las hojas de las vides se veían en distintos tonos de verde: desde el más intenso hasta el amarillento de las que ya anunciaban la pronta llegada del verano. Dentro de un mes o dos, los troncos lucirían desnudos, pero ahora todavía eran capaces de mostrar todo su esplendor como un cuadro de naturaleza viva, al que el pintor le hubiera incorporado pincelazos de oro brillante para destacar la llegada del otoño al Valle del Chianti.

Después de un profundo suspiro y de un pensamiento que le decía qué fácil sería enamorarse de esa tierra, comenzó a caminar a prisa hacia la casa:

quería entrar antes de que todos notaran que no había dormido en su habitación.

Por suerte para ella, cuando entró por la puerta de la cocina no vio a nadie, lo que le permitió llegar a su cuarto sin ser vista tal como quería. Qué bueno que los sábados nadie madrugaba. Cuando entró a la habitación, se apoyó un momento en la puerta cerrada: no quería repasar los eventos de la noche recién pasada. Deseaba guardar la experiencia, como quien una sola vez en la vida practicó un deporte extremo que sabe que nunca volverá a realizar, pero no sabía cómo lograría deshacerse de la sensación de que lo llevaría para siempre dentro de ella.

Con la mente más clara, se quitó la ropa y se puso el camisón: tenía deseos de dormir otro rato y fue justamente lo que hizo.

Cuando Massimo se despertó creyó que Brittany aún se encontraba a su costado y estiró el brazo para atraerla nuevamente hacia él, pero solo quedaba el aroma de su perfume en la manta. ¿Por qué había pensado que lo que habían hecho significaría algo para ella? ¿Tendría vergüenza?

Él se sentía confundido: jamás imaginó que hacerle el amor a Brittany sería una experiencia tan sublime que ahora no podría mirarla sin desearla. Y dudaba de que quisiera volver a estar con Ornella. ¿Qué haría con Ornella? Era impensable continuar con esa relación, no después de Brittany. Había querido jugar al cazador, pero había caído en su propia trampa.

Massimo entró a la casa por la puerta principal, y María salió a su encuentro.

—¿Vienes recién llegando? No escuché el motor de la camioneta.

—No seas curiosa, María.

—¿Vas a desayunar?

—Me daré una ducha primero.

—¿Una ducha? ¿Esto tendrá que ver con la entrada de Brittany más temprano? Ella creyó que no había nadie observándola.

—¿Qué te acabo de decir, María?

—Ya sé, que me meta en mis propios asuntos, pero tu madre estará feliz.

—¿Feliz?

—A ella le agrada sobremanera la rubia, en cambio detesta a la morena.

—¡Basta, María!

—Está bien, nada de chismes... Por ahora.

Massimo subió a su habitación, entre tanto María hizo lo que siempre hacía cuando estaba de buen humor: prender la pequeña radio que tenía en la cocina y comenzar a cantar a todo pulmón, daba lo mismo si lo hacía bien o mal...

*Certi amori regalano
un'emozione per sempre
momenti che restano così
impressi nella mente
Certi amori ti lasciano
una canzone per sempre
parole che restano così
nel cuore della gente...*

Massimo que desde la escalera alcanzaba a escuchar la radio, sonrió y se puso a tararear bajito, sin duda María tenía un gusto musical bastante bueno.

Al pasar frente al cuarto de Brittany pensó en llamar para pedirle explicaciones, inclusive alcanzó acercarse y levantar la mano para tocar, pero se detuvo a tiempo pensando en que tal vez ella podría sentirse acosada. Miró la hora en su reloj de pulsera: faltaban diez minutos para las ocho, los trabajadores no tardarían en llegar para terminar de cosechar. Lo mejor era darse prisa, Brittany tendría que esperar por ahora.

A Brittany le extrañó no ver a Massimo en la mesa a la hora del almuerzo, pero no se atrevió a preguntar. Sin embargo, no tuvo necesidad de hacerlo pues María estuvo parlotando y riendo con Olympia mientras servía los platos, claro está que la charla era e italiano y lo único que entendió fue que nombraron a Massimo.

—¡No hay caso con María! —exclamó Olympia, todavía con la risa a flor de labios—. Dice que Massimo avisó que no vendría hasta que terminara

la cosecha, y que al final no importaba si comía o no, ya que parecía haber pasado una noche muy entretenido.

Cuando escuchó esto último, Brittany enrojeció de rabia: ¿así que había estado entretenido? Cuando Olympia dirigió la vista hacia ella, la joven simuló estar atragantada. La mujer se puso de pie preocupada y rodeó la mesa con rapidez para llegar hasta ella.

—Levanta los brazos querida, bebe agua.

Brittany siguió obediente las instrucciones de Olympia hasta que se calmó.

—¿Qué te pasó? —preguntó Francesca—. ¿Cómo te ahogaste si aún no empiezas a comer?

—Creo que me ahogué con saliva, pero ya estoy bien.

—Si ya pasó, creo que podemos comer.

Las tres comenzaron a probar sus platos en silencio, pero de pronto Francesca dejó los cubiertos a un lado.

—¡Hoy es sábado y estoy tan aburrida! ¡Mi vida es aburrida!

—¿Cómo? Si sales todos los días.

—¡Solo al instituto mamá, y no puedo desviarme ni un centímetro porque el chofer siempre me está vigilando como un perro carcelero!

—Pronto serás mayor de edad, y podrás ir y venir a tu antojo, cariño.

—¿Con Massimo aquí? Lo dudo. Hoy, por ejemplo, adoraría ir a un *pub*, pero aquí estoy.

—Mañana iremos a la fiesta de la vendimia.

—¿La fiesta de la vendimia? ¡Mamá, pero esa fiesta es del siglo pasado!

Brittany continuó comiendo tranquila, pero de vez en cuando miraba a una y a otra. Recordó cuando tenía diecisiete, y era tan impaciente como Francesca, quería comerse todo el mundo de una vez. Claro que su madre no era como Olympia, y no se interesaba por ponerle límites, o preocuparse de lo que ella hacía cuando salía con sus amigas. Si Brittany no hubiera tenido la cabeza bien puesta sobre sus hombros, a esta hora quizás estaría casada con un obrero y con cinco hijos por lo menos. En vez de eso había estudiado, y logrado entrar a una gran empresa de bienes raíces y casi había llegado a ser socia, claro si no fuera por Jeremy....

—Antes te gustaba ir a la fiesta —insistió Olympia con su hija.

—Ahora soy una mujer y no me interesan esas cosas pueblerinas. Te

aseguro que a Britt le encantaría que saliéramos un rato, ¿no es así, Britt?

—Aunque te parezca increíble, encuentro muy gratificante esta tranquilidad. Nueva York es de locos.

—Eso es lo que yo quiero, ¡locura! Mamá, te advierto que voy postular a una universidad americana.

—Lo sé, hija, lo sé.

Olympia no añadió nada más, pues ella era de las que lidiaban con los problemas cuando se presentaban, ni un minuto antes.

Después de almorzar se repitió la rutina de todos los días: Olympia subió a recostarse, Francesca refunfuñando se fue a escuchar música, y Brittany luego de buscar el bloqueador, salió a disfrutar del sol otoñal junto a la piscina.

Luego de acomodar una tumbona para que el sol le diera de lleno en el rostro, Brittany se estiró sobre ella y cerró los ojos. Al poco rato estaba profundamente dormida.

Brittany quería continuar durmiendo, pero algo rozaba su rostro, y por más que agitara su mano, no lograba espantar al insecto intruso que importunaba su sueño. Sentía los ojos pesados y le costó mucho trabajo abrirlos, y cuando lo consiguió se encontró con la cara de Massimo encima de la suya. Él sostenía una flor y le acariciaba una mejilla con los pétalos.

—¿Massimo?

—Sí, cariño, soy yo. estás hermosa, pero creo que se te pasó la mano.

—¿Con qué?

Ella creyó que Massimo quería seducirla nuevamente, pero la mirada de él no era insinuante sino de franca preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó ella nuevamente y se puso de pie.

Massimo tuvo que sostenerla para que no cayera.

—Todo me da vueltas.

—Es que te has insolado, cariño —explicó él y la tomó en sus brazos para llevarla adentro.

Una vez que estuvieron dentro, Massimo la puso de pie con delicadeza delante del espejo que se encontraba en el recibidor.

—¡No!

12

El rostro, cuello y las partes anteriores de los brazos y piernas de Brittany lucían un rojo intenso.

—¡Parezco un crustáceo! ¡Cogí el maldito bloqueador y no me lo apliqué porque me dormí casi enseguida!

—Si te sirve de algo, es un rojo muy hermoso —dijo él acercándose demasiado.

—¡Estoy *bi-color*! ¡Ni siquiera estoy completamente roja!

—A mí me gustas igual, aunque parezcas una langosta. Eres el crustáceo más adorable que he visto.

—Pensé que no te acordabas —dijo ella más calmada.

—Fuiste tú la que escapaste.

—Creo que fue un error. Tú estás comprometido.

—No pienses en eso ahora. Vamos para que te des una ducha que refresque tu piel.

—Puedo sola, gracias —repuso Brittany cortante, pero cuando puso el pie en el primer peldaño de la escalera, nuevamente sintió un mareo.

—¿Ves cómo no puedes?

Massimo, la levantó como si fuera una pluma y la cargó hasta el cuarto de baño. Brittany intentó cerrarle la puerta en la cara, pero él fue más terco y comenzó a desnudarla. Ella, avergonzada, se cubrió los senos y su intimidad lo mejor que pudo con sus manos.

—Ya te conozco, recuérdalo.

—Anoche no cuenta, no estaba en mis cinco sentidos. Tú me embriagaste a propósito.

—No me digas que con tan poco te emborrachas —se burló Massimo.

—Está bien, ¿puedes dejarme sola, ahora?

—No.

—¿Por qué?

—Te deseo.

Lo dijo así, abiertamente y sin tapujos. Brittany que había estado con la vista baja, levantó el rostro hacia él, y lo que vio la desarmó: los ojos de Massimo eran dos brasas encendidas que amenazaban con quemarla hasta los huesos.

—No me mires así, por favor.

—¿Cómo?

Si me ves de esa forma, no podré continuar resistiéndome.

Ya estaba dicho. Brittany también se había expresado con total sinceridad: no podía negarse al deseo de Massimo.

—No quiero que te resistas —dijo él, desprendiéndose con rapidez de sus ropas y entrando a la ducha junto a ella.

Massimo abrió el grifo y tomó a Brittany de las caderas para subirla hacia él. Cuando la penetró a ella se le escapó un grito de placer y sin pudor, rodeó las caderas de él con sus piernas y comenzó a balancearse con voluptuosa cadencia.

—¡Bésame! —ordenó él y ella obediente lo hizo.

Los besos de Brittany eran tan sensuales como sus movimientos. Cada vez que les daba pequeños mordiscos a los labios de Massimo, a él se le erizaban todos los bellos del cuerpo y se encendía hasta la locura.

Cuando llegaron al climax, Massimo temblaba, y Brittany creyó que era porque estaba muy cansado cargándola a ella, y se lo dijo.

—Sí, cariño, estoy cansado, pero no es por eso que mi cuerpo está temblando. Eres tú la que me provoca esta sensación: cuando me besas, me siento como si fuera el Vesubio a punto de hacer erupción. Vamos a la cama, ¿quieres?

Massimo la tomó de la mano y la condujo hasta el lecho.

Él quería hacerle el amor nuevamente, mientras ella se repetía una y otra vez que no se enamoraría si lograba no involucrar el corazón en esta aventura.

Massimo llegó a la conclusión de que estaba perdido: se había enamorado de Brittany.

Más tarde, ambos se quedaron dormidos y cuando Brittany despertó él la tenía firmemente aprisionada con ambos brazos y una pierna que descansaba sobre las de ella.

A pesar de no haber tenido más que un par de hombres en su vida,

Brittany, podía percibir que Massimo se había entregado por entero, como solo lo hace un hombre enamorado. En cambio, ella se contenía, no quería tener otro acercamiento que no fuera el sexual. No soportaría llegar a amar a ese bello hombre y luego tener que tolerar otra pérdida.

Massimo nunca dejaría a Ornella por ella. Además, su vida estaba en Nueva York. La Toscana estaba bien para pasar una temporada, pero no para quedarse para siempre, ¿qué haría allí sino aburrirse? No, su vida era agitada y le gustaba así, o al menos eso quería creer.

—¡Demonios! —exclamó en voz alta, al no poder desprenderse del abrazo de Massimo.

—¿En qué pensabas?

—¿Estabas despierto?

—Acabo de hacerlo, y no te hablé porque te sorprendí muy concentrada pensando. ¿En qué piensa esa adorable cabecita rubia?

—En cuántos días estaré con este lindo tono de langosta hervida.

—Para el lunes tendrás un precioso bronceado.

—¡Pero solo por delante! ¡Y el lunes iremos a Milán!

—Bueno, te puedes poner pantalones y una camisa de mangas largas que te cubra los brazos. El rostro estará parejo. luego puedes conseguir una de esas cremas para broncearse sin sol.

—¿Y tú cómo sabes de esas cosas?

—Tengo una hermana, ¿recuerdas a Francesca?

—¡Bobo!

—Pero no podré ocultarme en la fiesta de mañana.

—Es al atardecer.

—Entonces no tengo de qué preocuparme.

—No. Eres tan...

—¿Tan qué? ¿Superficial? ¿Vanidosa? Estoy acostumbrada a verme bien, trabajo con gente de negocios.

—No te excuses, me gusta cómo eres, es parte de tu esencia. Si fueras diferente no serías tú y no te desearía tanto.

—¡Oh! Eres demasiado franco.

—Solo cuando es conveniente.

—¿Mientes mucho?

—Intento no hacerlo, pero a veces es inevitable. ¿Tú mientes?

—Solo omito, y antes que digas nada, sé que es otra forma de mentir.

Pero no lo hago muy a menudo.

Brittany se removió entre los brazos de Massimo, con la intención de salir de la cama.

—¿A dónde vas?

—Creo que es hora de levantarse.

—Todavía no es hora de cenar... Ven, aún no estoy lo suficientemente saciado de ti, y sé que tú lo deseas también, cariño.

—Lo reconozco, pero este juego es peligroso. Uno de los dos saldrá lastimado, o quizás ambos.

—Eso no tiene por qué ocurrir si no lo permitimos.

—¿Estás seguro de que lo puedes controlar?

—Absolutamente.

—Confiaré en ti.

Brittany se dio la vuelta para besar a Massimo. Ella sabía que él mentía, pero ese no era su problema. Solo quería continuar disfrutando de la asombrosa sensación que esa piel morena provocaba en ella. Momentos que guardaría para siempre porque nunca se repetirían.

De pronto, Massimo, se levantó a prisa de la cama.

—¿Qué sucede?

—No tengo más preservativos.

—No te preocupes, yo tomo la píldora. Sin ello estaremos mejor, te lo aseguro.

Y en efecto así fue. Sin la incomodidad del látex, sentirlo dentro de ella fue tan maravilloso que tuvo que morderse los labios para que sus gemidos no traspasaran las paredes de la habitación.

Cuando bajaron juntos una hora más tarde, Olympia y Francesca se encontraban en el salón esperando a que María anunciara que la cena estaba servida. Al ver que parecían una pareja, hubo ese cómplice intercambio de miradas entre madre e hija: Massimo se notaba relajado y Brittany intentaba disimular el temor que sentía por ponerse en evidencia.

—Está muy rica la cena, mamá. María se esmeró esta noche.

—María siempre ha cocinado muy bien, parece que eres tú el que tiene el paladar diferente, hoy. Estás eufórico, ¿por qué será?

—Estoy igual que siempre.

—No, estás mejor.

Cuando Olympia pronunció estas palabras, dirigió su vista hacia Brittany, pero ella bajó la cabeza fingiendo estar concentrada en la comida.

La cena transcurrió en calma y al terminar María les ofreció café y postre.

—No tomo café a esta hora —dijo Olympia—, ¿María, te quedó ese postre de la hora de almuerzo?

—¿De cuál, mamá? —preguntó, Massimo.

—Uno francés, *Saint Onoré* creo que se llama.

—Aún queda señora.

—Traenos a todos del mismo.

—Yo no como postre de noche —protestó Brittany—. Gracias de todas formas.

—Hoy comerás, cariño —repuso Massimo, sonriendo ante la mirada asesina que la rubia le había dirigido.

Brittany ardía por dentro de rabia, ¿quién se creía que era ese italiano machista para imponerle algo que ella no quería hacer?

El resto de la cena continuó con rigidez entre los dos jóvenes, y sobre todo porque a la hora de paladear el tan mentado postre, a Massimo no se le ocurrió nada mejor que estirar su brazo y coger la cucharilla de Brittany para darle algunos bocados directamente en la boca.

Cuando eso ocurrió, Olympia y Francesca se quedaron mirando con la boca abierta, ¿qué le sucedía a Massimo?

Por su parte, esto era más de lo que Brittany estaba dispuesta a aceptar. Con el rostro enrojecido por la ira y la vergüenza ajena, apenas musitó una disculpa y se levantó de la mesa.

—¿Qué has hecho, Massimo?! ¿Es que acaso estás enfermo?

—No está enfermo, mamá, es un completo idiota.

—Yo solo quería jugar un poco, molestarla —mintió él, descaradamente.

—¿Te ha dado la confianza para que la trates de ese modo?

—Somos amigos, mamá.

—Mamá, a Massimo le gusta Britt.

—¿Es cierto, hijo? Tú sabes que...

—No mamá, no es nada serio. Nada de lo que debas preocuparte.

—Eso espero, Massimo, por tu bien y el de nosotras.

—Iré a disculparme con ella, permiso.

Massimo se puso de pie y abandonó el comedor para ir a buscar a Brittany, pero Olympia se quedó preocupada pensando en lo que sucedería si su hijo desistía de casarse con Ornella.

—¿Qué se trae entre manos mi hijo, María? —preguntó Olympia a la mujer que en ese momento entraba a recoger la mesa.

—*Non so niente, signora* —respondió María, con una enigmática sonrisa—, *signora, ma non avevo visto Massimo così allegro da molto tempo.*

—¿Ves? Creemos lo mismo, él está enamorado, y eso no es bueno.

—¡Bah! Déjelo disfrutar un poco, ella se irá y él volverá a ser el mismo de siempre, si es lo que usted quiere.

—Noto censura en tu voz, pero sabes tan bien como yo que estamos atados a una promesa.

—Lo sé, señora, pero ya verá usted que todo se solucionará.

—Qué Dios te escuche, María, voy a rezar porque así sea.

—Yo también, señora.

13

Cuando Massimo entró en silencio a la habitación de Brittany, no imaginó que ella había estado cruzando los dedos para que no fuera detrás de ella, porque era mucho pedir que primero tocara la puerta con educación para ver si lo invitaba a entrar.

Esos breves minutos que ella alcanzó a estar sola, en lo único que había pensado era que ojalá Massimo no diera por sentado que habría algo serio entre ellos solo porque se habían acostado. No planeaba volver a enamorarse tan pronto, y si el amor era capaz de llegar a través del sexo, y no de la afinidad como siempre había creído, él comenzaba a infiltrarse en su piel poco a poco: pronto se convertiría en una segunda capa de la cual no sería capaz de desprenderse sin sufrir.

Massimo abarcó su cintura, tomándola por detrás y ella se puso rígida, pero él no pareció percibirlo.

—¿Qué haces aquí tan sola? ¿Esperándome?

—No. Admiraba las estrellas.

Él besó su nuca, y la espalda de Brittany tembló. Con una pequeña caricia él lograba tenerla a su merced de forma instantánea.

—¿Estás muy enojada?

—¿Me has dado motivos para estarlo?

—¿Francamente? Sí. Solo estaba jugando.

—No soy un juguete. Apuesto a que Ornella no te permitiría que le des nada a la fuerza.

—Perdóname. Tienes razón. No sé, quizás quería que mamá se diera cuenta de que hay algo entre nosotros.

—¿De esa forma? Además, te recuerdo que estás comprometido, y por lo que sé es algo serio.

—¿Qué sabes? —Massimo la miró con suspicacia—. ¿Francesca te ha comentado algo?

—No sé qué podría decirme ella que yo no haya percibido.

—Bueno, déjame decirte que te equivocas, lo que tengo con Ornella no es serio. En cambio, lo nuestro podría serlo.

—¿Algo serio? ¡Pero si apenas nos conocemos!

—A veces basta solo un segundo para saber que estás frente a la persona indicada.

—¿De verdad crees eso?

—Sí.

Brittany se quedó en silencio. ¿Massimo interesado en ella en serio? No, debía ser otra broma de él.

Massimo inclinó la cabeza para besarla, ella intentó resistirse, pero una vez más no pudo: en cuanto los labios de él se posaban sobre los suyos su guerra interior ya estaba perdida. Así que una vez más esa noche, Brittany intentó entregar su cuerpo dejando a un lado el corazón, resguardado dentro de una caja forjada con hielo, y por la mañana pensó que lo había conseguido. *Es solo sexo*, se había repetido cada vez que se unió a él esa noche, y se había convencido de que su singular mantra daría resultado.

Por la mañana ella despertó primero, y cuando vio la hora en el reloj que había dejado sobre la mesa de noche, casi dio un grito del susto: ¡eran casi las diez!

—¡Massimo, despierta!

Comenzó a moverlo violentamente, pero él estaba profundamente dormido y no reaccionaba.

—¡Despierta, no sigas haciéndote el dormido!

De pronto él abrió un ojo y la miró.

—¿Quién te dijo que me hago el dormido?

—Es difícil que alguien duerma con este escándalo. Te grité dos veces. ¿Qué haces aquí todavía? En cualquier momento alguien va a venir y nos van a sorprender, si es que no lo han hecho ya.

—Bueno —dijo él, estirando los brazos sobre su cabeza para desperezarse—, si eso ocurre, tendremos que casarnos pues no podemos permitir que tu honor quede mancillado.

—¿Qué dices? —Brittany quería permanecer enojada, pero la expresión de él era tan chistosa que no logró resistir la risa—. ¡Estás chiflado!

—Solo por ti —repuso él, y se levantó para tomarla entre sus brazos.

—Si tenemos suerte y nadie se ha dado cuenta no tendrás necesidad de casarte conmigo. —Brittany se resistió al abrazo y lo empujó.

—¡Aguafiestas! —exclamó él, y recogió su ropa. Luego asomó la cabeza al pasillo para cerciorarse de que no hubiera nadie, y salió.

Brittany se duchó de prisa y bajó. María estaba afanada en la cocina preparando el almuerzo junto a Rossina, y le dirigió una mirada que ella encontró sospechosa.

—¿Quiere desayunar, señorita?

—Creo que es un poco tarde para eso, pero si pudiera servirme un café y coger una manzana de aquel frutero estaría feliz.

—Le sirvo enseguida el café y puede tomar todas las frutas que desee.

—¡Oh, no, por favor! Puedo servirme yo misma.

—¿Está segura?

—Vivo sola en Nueva York, estoy acostumbrada a hacer todo yo. Solo una vez por semana va alguien a encargarse de la limpieza.

María le dirigió una sonrisa franca, le gustaba esa chica. No era remilgada como Ornella.

—¿Y usted, lava también?

—No, yo solo pongo la ropa adentro de la lavadora y ella lo hace por mí —respondió Brittany con una sonrisa—, y sacarla de allí no implica esfuerzo. Eso sí que trato de comprar ropa que no se arrugue porque mi planchado es fatal, así que cuando tengo una prenda que lo necesite la llevo a la lavandería para que se encarguen ellos que son profesionales.

Mientras hablaba, se había servido el café y se lo estaba tomando de pie mientras charlaba con María. Cuando terminó, lavó la taza y la puso sobre la rejilla de escurrir.

—¿Dónde están Olympia y Francesca? ¿Salieron?

—Sí, pero solo hasta el jardín.

—Iré a verlas —dijo, al tiempo que cogía una manzana—. Gracias, María.

—No, yo debo darle las gracias a usted.

—¿Por qué?

—Por ser como es.

Brittany la miró intrigada, pero no le dio más vueltas al asunto y salió.

Cuando llegó a la pérgola, se sorprendió encontrar allí a Massimo con su madre y su hermana, ¿cómo lo había hecho?

—Se te pegaron las sábanas, querida —observó Olympia con una sonrisa.

—Disculpe, Olympia, no fue mi intención dormir tanto.

—No te lo decía en modo de reproche, querida, todo lo contrario: significa que el clima de Italia te ha sentado muy bien. Estoy segura de que en Nueva York no logras descansar tanto.

—Tiene razón. Me levanto muy temprano todos los días y el fin de semana el ruido de la calle no me deja dormir como quisiera.

Massimo observaba atentamente a Brittany mientras charlaba con su madre. Ella era consciente de eso, pero no quería corresponder a sus miradas porque inmediatamente se le venían a la cabeza las noches pasadas. Tenía que ser fría y no estar rememorando todo como una boba enamorada. El sexo era para disfrutarlo en el momento y nada más.

—Además aquí el paisaje es precioso. Si fuera artista me sentaría a pintar estos colores tan hermosos.

—Y espera a verlos en pleno verano.

—¿Es una invitación, Olympia?

—Si las circunstancias no fueran adversas, haría todo lo posible para que te quedaras con nosotros, pero puedes venir siempre que gustes: esta es tu casa de ahora en adelante.

—¿Por qué dice eso de las circunstancias?

—Por nada, olvídalo... Le preguntaba a Massimo a qué hora iremos a la fiesta.

—Y yo le respondía —repuso él, con voz cansina—, que iremos igual que todos los años, al atardecer cuando sea la hora del prensado.

—Ella sabe que no le conviene salir a la hora que todavía hay mucho sol —acotó Francesca, que parecía no prestar atención, demostrando que estaba atenta.

Brittany le dio un mordisco a su manzana, en apariencia distraída, pero dentro de su cabeza rondaba la interrogante de por qué Olympia hablaba en acertijos. Le parecía que todo estaba relacionado con Massimo y la bella Ornella, y que además no era algo que le agradara mucho. Pero, en fin, no era asunto suyo.

Se puso de pie de repente y abandonó la pérgola para acercarse a la piscina.

—¿Te aburres? —preguntó de pronto Massimo a su espalda.

—En lo absoluto —respondió ella sin voltearse.

—¿Por qué nos abandonas, entonces?

—Solo quería tomar un poco de sol.

—¿O estás huyendo de mí?

—Creo que estás siendo demasiado obvio —dijo ella, volviéndose por fin hacia él.

—¿Qué es lo que te molesta tanto? —De pronto el humor de Massimo cambió.

—Tus miradas, tus insinuaciones. Pensé que esto iba a quedar entre nosotros, pero así se lo has hecho saber a todo el mundo.

—¡Son solo mi madre y mi hermana!

Las dos mujeres que estaban en la pérgola, se dieron cuenta de la discusión, más, no alcanzaban a escuchar lo que decían, y aunque intentaban disimular estaban muy atentas al desarrollo de la misma.

—Algo pasa ahí —dijo Olympia.

—Ya me di cuenta, mamá, pero por favor no mires.

—¿Y crees que a ellas les interesa nuestro flirteo?

—¿Flirteo? ¿Así llamas a lo nuestro?

—¿Y tú llamas «lo nuestro», al par de revolcones que nos dimos?

—No, lo llamo relación.

—¿Relación? ¡Estás loco!

—¡Ya verás lo chiflado que estoy! —amenazó él, con el rostro rojo de ira, y acto seguido la tomó bruscamente en sus brazos y la besó.

La primera reacción de Brittany fue empujarlo, consciente de que Olympia y Francesca estaban presenciando la escena. Pero eso a Massimo no le importó en lo absoluto y la apretó más contra él hasta que ella dejó de luchar y se abandonó a la caricia. A estas alturas ya sus sentidos estaban muy nublados como para prestarles atención, ya se arreglaría él con su familia.

14

Cuando le pareció que había tenido suficiente de los labios de Brittany, Massimo la liberó, pero solo para tomarla de la mano y llevarla hasta la pérgola.

—Bueno, mamá, para que te enteres de una vez. Brittany y yo estamos juntos y quiero que se convierta en un estado permanente.

Olympia que aún tenía la boca abierta, y Francesca que aplaudía sin emitir ruido, no dijeron nada. Mientras tanto, Brittany estaba anonadada ante la declaración de Massimo.

—Y si me disculpan ahora, tengo asuntos que atender. Nos vemos a la hora de almuerzo.

Massimo le dio un beso rápido en los labios a Brittany y se alejó hacia la parte de atrás de la casa.

—No me miren, yo no tengo nada que ver con esto —se disculpó Brittany ante las dos mujeres.

—¡Massimo te ama! Eso es buenísimo, ¿no es así mamá? — Francesca estaba tan emocionada por la noticia que se levantó para abrazar a la que pensaba, sería su nueva cuñada.

—Eh... Sí. Tienes razón, hija, es una noticia asombrosa —fue todo lo que dijo Olympia aparentando tener calma. No pensaba abrumar a Brittany con sus preocupaciones.

—¡Pero a mí no me interesa tener una relación seria con su hijo, Olympia! Él prometió que no sería nada serio. Yo me marcharé y cada uno seguirá con su vida.

—Es que cuando a Massimo se le mete algo en la cabeza no hay quien lo haga cambiar de parecer.

—Es que yo no quiero, Olympia. No quiero sufrir nuevamente.

—Lo comprendo, Brittany.

—¿De qué hablas, Britt? ¿Mamá?

—Francesca, yo no vine de vacaciones. El día anterior a mi boda

descubrí a mi prometido engañándome con la presidenta de la empresa.

—Y temes que Massimo te defraude como ese canalla.

—Francesca, tu hermano y yo apenas nos conocemos. Puede ser que esté entusiasmado, más no creo que alguien se pueda enamorar en un par de días.

Yo sí lo hice, pensó Olympia, pero guardó silencio. A ella le convenía que Brittany no quisiera nada serio con su hijo.

—¿Estabas muy enamorada? —preguntó Francesca.

—Sí, o al menos eso creía, ahora no estoy tan segura.

—¿Amas a mi hermano?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero lo amarás, te lo aseguro.

—Si me disculpan, creo que iré adentro un momento, necesito pensar.

—Está bien, querida. Nos vemos a la hora de almuerzo.

—Sí.

Brittany se marchó, comiendo el resto de manzana que aún le quedaba. Mientras tanto rumiaba sus pensamientos. Estaba confundida. ¿Qué le pasaba a Massimo? ¿Se había encaprichado o se estaba burlando? Ella no creía en el amor a primera vista, nadie se enamoraba solo de ver a alguien una vez. De hecho, ambos se habían tratado con antipatía en su primer encuentro en la finca, y su charla en el aeropuerto fue tan breve que ninguno de los dos tuvo tiempo de reparar en el otro. *¿Sería tan malo que se enamore de ti?*, preguntó de pronto una voz inoportuna.

—¡Sí! —respondió ella en voz alta, demasiado quizás—. Él y yo no tenemos nada que ver. Él está atado a su viña, y yo tengo mi vida en Nueva York. Si no es esa firma será otra, pero lo mío son los bienes raíces... ¡Qué me pasa, estoy hablando sola como una loca!

Se estiró en la cama y cerró los ojos. Le dolían las sienes y para aliviarse comenzó a darse masajes con la punta de los dedos. Sin darse cuenta, se relajó tanto que se durmió profundamente. Dormida no supo del paso del tiempo, hasta que algo suave tocó su mejilla.

Brittany despertó asustada, dando golpes al aire.

—¡Demonios! ¿Qué te pasa, Massimo? ¿Ahora te empeñarás en

asustarme?

—No, cariño. Quizás es una estupidez, pero quería comprobar si las uvas son tan suaves como tu piel.

—Para eso solo bastaba que la tocaras.

—Si las toco por separado no podré comparar, pero en cambio si pongo el racimo contra tu rostro, así, ¿ves? —Massimo acercó nuevamente las vides rosadas al rostro de Brittany, y con mucho cuidado deslizó los dedos entre la fruta y la piel de ella.

—Insisto, estás chiflado.

—Tal vez, pero solo por ti.

—Ahora no vamos a charlar, pero la conversación está pendiente.

—Si quieres lo hablamos ahora.

—No quiero hacer esperar a Olympia. Hablaremos después que regresemos de esa fiesta.

—A propósito de eso, no te vistas elegante, tu ropa quedará manchada. Será mejor que le pidas a Francesca unos *jeans* viejos, después habrá que tirarlos.

—¿Por qué?

—Ya verás —repuso él, antes de tomar su mano para guiarla escaleras abajo.

Cuando acabaron de almorzar, Olympia como siempre subió a su habitación a tomar la siesta. Massimo se encerró en la biblioteca para terminar unos pendientes, y Francesca, ya alertada por su hermano invitó a Brittany a su cuarto para escoger ropa para ella.

—De verdad, no quiero causarte molestias. No entiendo por qué no puedo ir con mi ropa.

—Britt, quedarás hecha un asco. Habrá uva por todos lados y las manchas no salen. Además, así podrás subirte a la tina a pisar las vides... Creo que estos Capri te quedarán bien. Pruébatelos.

—Pero no parecen para nada viejos.

—Yo no los uso, y por otro lado así tengo pretextos para comprar más ropa mañana en Milán.

—¡Milán! Me había olvidado de eso.

—Toma esta blusa.

—Color vino, muy conveniente.

Brittany y Francesca rieron. Ella pensó que le hubiera gustado tener una hermana con quién compartir momentos de complicidad. Alguien con quien salir de compras, o andar en bici en el parque. Hacer las cosas que suelen hacer los hermanos, inclusive discutir. Francesca de pronto se puso seria y se le quedó viendo con atención.

—Britt, me gustaría que fueras mi hermana, pero como no se puede me conformo con que seas mi cuñada.

—¡Oh, Francesca! Sabes que no puede ser, tu hermano ya tiene novia.

—No te preocupes, mi hermano puede resolver cualquier cosa, cualquier problema... Él no ama a Ornella.

Ahí estaban nuevamente las palabras enigmáticas. Decir algo sin querer decirlo, pero, ¿de qué se trataba?

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Olvídalo, Britt.

—Está bien.

Faltaban quince minutos para las seis, cuando Olympia comenzó a dar gritos para que todos se dieran prisa.

—Disculpa, Brittany, pero ha sido imposible que no se me peguen estas costumbres italianas.

—No se preocupe, Olympia, está en su casa.

—Mamá, promete que no te vas a exceder con los dulces y el vino — advirtió Massimo a su madre.

—Lo prometo. No quiero enfermar ahora que lo estoy pasando tan bien con Brittany.

Brittany abrazó agradecida a Olympia.

—Yo también lo he pasado muy bien Olympia, tanto que ni me he acordado de que no tengo celular.

Massimo observó a Brittany, estaba hermosa con los *jeans* de su hermana. Era increíble como la sencillez de un pantalón *denim* y una blusa amarrada a la cintura, la hacían ver más sexy que sus caros atuendos.

—Esperen ahí. —Les ordenó Massimo.

Sacó su teléfono del bolsillo y puso en acción la cámara.

—Quedéense ahí, tal como están.

En el horizonte se recortaba el crepúsculo, dando un hermoso fondo para la foto que deseaba tomar Massimo. Las tres mujeres miraron hacia el

lente sonriendo, y él inmortalizó el momento. Quería con todas sus fuerzas que Brittany no quisiera abandonar nunca más la Toscana, pero si no se salía con la de él, al menos tendría este bello recuerdo. En la imagen había perpetuado a las que sentía, eran las mujeres de su vida.

Después, las hizo subir a un gran todo terreno, y partieron rumbo a Montefioralle.

Las calles del pueblo lucían hermosas con sus geranios a donde quiera que se dirigiera la vista. La gente del pueblo y los turistas, ya fuera que por accidente supieron de la fiesta, o visitantes frecuentes durante la época, compartían con la gente del pueblo. Por todas partes había puestos de cata y venta del fino Chianti del Gallo Negro propio de la zona. No faltaban tampoco los dulces fritos, los embutidos, y el queso azul y de cabra, para servirse junto al vino.

—¿Cuánto dura esta fiesta? —preguntó Brittany, entusiasmada.

—Dos días. Esta es una fiesta del pueblo, más pequeña, sobre todo orientada al turismo. La verdadera Fiesta de la Vendimia, se celebra en otoño y dura una semana. En esa participan todos los vitivinicultores de la región.

—¿Y por qué solo vienen el segundo día?

—Porque es el más divertido —respondió Massimo—, y para que mamá no consuma tantas calorías. Imagínate, que nada de lo que hay acá es sano, a excepción del queso de cabra y el Chianti, pero ella no puede beber mucho. Entonces lo mejor es no hacerla sufrir.

—Comprendo.

—Si la ves comer más de un dulce, se lo quitas por favor.

—Lo haré, no te preocupes.

La fiesta se desarrollaba en la calle principal, que era casi tan estrecha como las otras y además empinada, era fácil tener una vista panorámica de todo lo que sucedía allí. Massimo no tuvo ningún problema en dejar a Francesca con sus amigos, y a su madre que compartiera un rato con sus conocidos, quienes eran productores cercanos.

Así que, sin perder de vista a su madre y a su hermana, Massimo invitó a Brittany a dar un paseo por los puestos, para que fuera probando los distintos sabores del rojo líquido que hacía famosa a la Toscana.

Después de un rato en el que a Brittany le pareció que había probado

todos los Chianti, y comido todos los quesos y embutidos de los puestos, se escuchó la voz de un hombre hablando por un megáfono.

—*Attenzione! Iniziamo la stampa nella vasca! Coloro che desiderano partecipare devono salire senza scarpe e non dimenticare che solo quelli che arrivano prima possono entrare nella vasca! Quando si contano a tre si deve iniziare a correre lungo la strada!*

—¡Quítate los zapatos! —urgió Massimo a Brittany.

—¿Yo? No creo que pueda.

—¡Hazlo!

Ella lo miró un instante, indecisa, pero accedió: no tenía nada de malo desordenarse un poco.

—No podría correr sin zapatos, porque será necesario hacerlo para alcanzar a subirse a la tina.

—Tienes razón. Corres y te los sacas rápido.

—¿Y tú?

—También iré.

Otra vez se escuchó la voz del hombre.

—*Uno, due, tre!*

15

Ambos se subieron a la tinaja de roble y se mezclaron con el resto de personas que se aprontaban a aplastar las vides con los pies. Cuando el anunciador dio el vamos, todos comenzaron a saltar y a bailar sobre la uva, entre risas y cantos.

De pronto, Massimo y Brittany comenzaron a jugar como dos niños, arrojándose el rojo líquido uno al otro como si fuera agua.

No habrían pasado ni diez minutos cuando un hombre de pie cerca de la tinaja llamó su atención. El hombre que mantenía el ceño fruncido, no dejaba de mirar en dirección a Massimo. Todo hubiera quedado como una coincidencia si no hubiera sido porque apareció Olympia y comenzó una acalorada discusión con el hombre que tenía apariencia de padrino de la mafia con su traje caro, su peinado engominado y las joyas de oro que lo reflejaban como una persona de cierto *status*. Desde donde estaban era imposible escuchar la disputa pues había mucho ruido, pero los gestos y el rostro cada vez más rojo de Olympia dejaban en claro que no se trataba de un intercambio amistoso de palabras. De repente, Massimo tomó nota de la situación y bajó de un salto de la tinaja. Brittany desvió la vista, no quería que él percibiera que ella se había dado cuenta de la situación. Ella desvió la vista hacia otro lado y continuó aplastando la vid como si nada pasara, pero de soslayo observaba al trío cada vez que podía. Al poco rato, Massimo se aproximó a la tinaja y le pidió que bajara.

Olympia ya se había quedado sola, y la esperaba.

—¿Qué sucede, Olympia, no se siente bien?

—¿Puedes acompañar a mamá a casa?

—Por supuesto, solo espera a que me ponga los zapatos. ¿Tú no regresarás todavía? —Se atrevió a preguntar.

—Massimo vendrá después —respondió Olympia—, con Francesca.

Brittany caminó hacia el sitio de Taxis con Olympia apoyada de su brazo. La madre de Massimo no tenía ningún deseo de charlar y Brittany

tampoco quiso forzarla.

Se subieron al primer coche que abrió sus puertas para ellas y Olympia le ordenó al conductor, con una voz imperiosa que Brittany no le conocía, que las llevara a Villa Carotta, y el hombre que parecía decidido a entablar una charla, guardó silencio y solo se limitó a observarlas por el espejo retrovisor.

Ella ardía en deseos por saber qué estaba ocurriendo, pero sabía de sobra que no eran asuntos de su incumbencia y que sería desatinado preguntar de buenas a primeras así sin más. Si Olympia quería de seguro le comentaría, y si no, tendría que morir con la curiosidad.

En cuanto llegaron a la Villa, María salió a recibirlas. A Brittany le dio la impresión de que la mujer estaba esperando detrás de la puerta.

—Massimo me avisó que ustedes ya venían —explicó ella—. ¿Qué ocurrió, señora? ¿Se bebió todo el Chianti de la feria?

—¡Por Dios, María, cómo eres de insolente! Creo que fueron los dulces —mintió—. Mejor ayúdame a llegar a mi cuarto.

Después de que las dos mujeres subieron, Brittany se quedó un momento mirando al vacío y luego decidió subir también: se daría un buen baño de tina para quitarse las manchas rojas y el olor de uva madura de la piel.

Más tarde se había cambiado de ropa esperando que Massimo regresara pronto, pero no fue así. Los minutos y luego las horas comenzaron a pasar. Brittany podía escuchar el tic tac del reloj que estaba al pie de la escalera. La última vez que vio la hora, antes de que sus ojos se vieran vencidos por el sueño, ya pasaba bastante de la medianoche.

Su mente intranquila no le permitió entrar en un sueño profundo, por lo que despertó de inmediato cuando el motor de un coche se detuvo en la parte de adelante de la mansión. Brittany se levantó de un salto de la cama, para mirar por el balcón a oscuras, teniendo mucho cuidado de no ser vista.

Massimo se bajó solo de su cuarto por cuatro, ¿dónde había dejado a Francesca? Pero, en fin, eso no era lo más importante, sino la monstruosa camioneta que se estacionó detrás de Massimo. De ella se bajaron tres hombres. A través de la penumbra pudo divisar que uno de ellos era el hombre de la feria, y seguramente los otros dos con apariencia de mole

rocosa, debían ser sus guardaespaldas, porque todo padrino que se preciara como tal debía tener al menos un par.

En seguida entraron en la casa, y Brittany se puso rápido una bata encima del camión y bajó sigilosamente la escalera hasta la planta baja. Cuando alcanzó el primer peldaño miró hacia la puerta que se encontraba entreabierta y lo único que alcanzaba a divisar eran las fumarolas de los cigarros de los gorilas del padrino.

Brittany se dio la media vuelta para regresar a su habitación, pero de pronto escuchó voces altas provenir de la biblioteca. Cruzó el vestíbulo lo más rápido que pudo para no ser vista por los hombres apostados afuera de la puerta de entrada y fue a posar su oreja en la puerta de la biblioteca.

—*Tú yo teníamos un acuerdo.*

—*Las cosas han cambiado, pero te aseguro que te pagaré hasta el último euro.*

¿Por qué hablaban en inglés?

—*Claro que sí, vendiendo esas botellas de Chianti artesanal que insistes en producir. Ese que ni siquiera lleva el gallo negro en la etiqueta. Sabes que solo por la memoria de tu padre te permito elaborarlo.*

—*Nunca me dijiste eso. No sabía que pensabas así.*

A Brittany le pareció extraño que la discusión se estuviera desarrollando en inglés, si ambos eran italianos.

—*Sabes perfectamente que nadie puede estar al margen de la Asociación.*

—*Lo sé, hace mucho tiempo que la Asociación ya no funciona como sindicato, ahora es una mafia. Mírate Renato, te vistes igual que un jefe de la Cosa Nostra. Perdiste tu identidad hace tiempo, desde que te volviste ambicioso.*

—*Si tu padre estuviera vivo, estaría de mi lado.*

—*Pero resulta que yo no soy mi padre.*

—*Como veo que no lograremos entendernos, al menos no esta noche, te aviso que el plazo para pagar se cumple en un mes.*

—*¿Un mes?*

—*Si no tienes el dinero ya sabes cuál es la alternativa.*

—*Eso no está en discusión, Renato.*

—*Bueno, tú sabrás. Es muy tarde, o temprano de acuerdo como se vea, así que me retiro. Hasta pronto, Carotta.*

—*Hasta pronto.*

Los pasos comenzaron a acercarse a la puerta, por lo que Brittany tuvo que correr nuevamente hacia la escalera y subir a su habitación.

Brittany se metió rápidamente a la cama pensando que Massimo subiría enseguida, como todas las noches, pero no fue así.

Al principio ella se había negado a que él durmiera con ella, pero finalmente se había cansado de rechazarlo y aceptaba todo lo que él le iba a entregar por las noches: sus brazos para cobijarla y el sexo para darle placer. Él no apareció y ella volvió a dormirse.

Cuando se despertó por la mañana, Massimo no estaba, sin embargo, las sabanas junto a ella aún estaban tibias, y la almohada olía a su perfume y a *whiskey*: Massimo había dormido a su lado, pero no la había tocado.

Brittany se vistió sin prisa y bajó al comedor porque de seguro estarían desayunando.

Al acercarse a la puerta le pareció escuchar una discusión, pero no hizo más de casi cruzar el umbral cuando los tonos de las voces cambiaron: sus zapatos la habían delatado. Sin embargo, esto le vino a confirmar que algo sucedía al interior de la familia Carotta, y algo en su interior le decía que ella estaba muy relacionada con ello, ¿pero, qué? Esperaba poder recuperar lo más pronto posible su pasaporte, y hablar con su banco para tener acceso a su dinero. Porque a pesar de que Massimo la traía por las nubes, sabía que ya era tiempo de poner los pies en la tierra y regresar a la realidad.

16

—Buenos días —saludó, ignorando sus rostros contrariados.

—Estaba pensando en ir a buscarte —declaró Francesca, quien parecía estar ajena a lo que ocurría.

—¿Sí?

—¿No recuerdas que hoy vamos a Milán?

—Lo siento, me olvidé.

Ella se sirvió café, distraída. Esperaba que Massimo u Olympia le dijeran alguna cosa, pero ambos estaban mudos. Lo único que podía ver, era la contrariedad en el rostro de la madre y la terquedad en la del hijo.

—No tengo pasaporte. Imagino que eso será un problema.

—No si vamos en tren, *amore*.

Olympia casi fulminó con la mirada a Massimo, más él la ignoró y estiró su brazo por encima de la mesa para coger una mano de Brittany. Como a ella no le pasó desapercibido el gesto de la mujer mayor, se sintió extrañamente mal. Ahora no le quedaba duda de que lo que sucedía en esa casa estaba relacionado con ella.

Quitó su mano bruscamente de la de Massimo y comenzó a beber el café en silencio.

Pasaban de las diez cuando estaban abordando el moderno ferrocarril de Trenitalia, que sin paradas los llevaría en poco más de una hora a Milán.

Ella apenas habló durante el camino. La única parlanchina fue Francesca a la que le respondía con monosílabos, porque no tenía ánimo de más. Olympia se mantuvo distante y Massimo simulaba leer el periódico, cuando en realidad lo único que hacía era mirarla por encima de las páginas.

Poco antes de la una de la tarde, un taxi se detenía en frente del Hotel Cavour, en el centro de la ciudad. Olympia caminó hacia el interior, apoyada en el brazo de su hija, entretanto, Massimo la cogió a ella de la mano para

hacer también lo mismo.

—Massimo, espera. Quisiera ir ahora mismo al consulado. Averigüé en tu casa y sé que atienden hasta las cinco.

—¡Pero, *amore*, si podemos ir mañana tranquilos!

—No, Massimo, quiero ir ahora.

—¿Es que ya te cansaste de mí?

—No creo que sea una charla para mantenerla en el lobby del hotel, Massimo.

—Tienes razón. Voy a asegurarme de que mamá quede bien instalada y regreso enseguida para acompañarte.

—Está bien, ve.

En cuanto Massimo se perdió en el ascensor, detrás de su madre, Brittany salió de prisa al exterior.

Haciendo uso del dinero que Massimo le había entregado en día anterior para que ella y Francesca la gastaran en la feria el día anterior, hizo parar un taxi. ¡En Milán sí que se detenían cuando los pasajeros los llamaban con la mano!

Con las pocas palabras que había aprendido esos días, le pidió al conductor que la llevara al Consulado. Se tardaron relativamente poco, por lo que podría haber caminado hasta allí, pero ella tenía prisa.

Se sintió casi feliz cuando los guardias que estaban en la puerta la saludaron en un perfecto inglés estadounidense. Luego la mujer joven que estaba en la recepción, antes de preguntar qué necesitaba, hizo lo mismo.

—Hola, me llamo Brittany Roberts. Cuando llegué a Florencia hace cinco días, me robaron todos los documentos y tarjetas de crédito.

—Es muy lamentable, y muy común también. Dígame, señorita Roberts, ¿hizo la denuncia?

—Sí, pero no me tomaron en serio.

—¿Y por qué sería eso?

—Me caí, quedé a mal traer y me confundieron —Brittany hizo una pausa, sin saber cómo continuar, la otra joven levantó una ceja en actitud interrogativa—... con una prostituta.

La de la recepción, que a Brittany ya le estaba cayendo mal, la miró de arriba abajo. Ella se sintió ofendida, e inmediatamente perdió los estribos.

—Mire, señorita. Imagino que usted está aquí para ayudar, no para

emitir juicios sobre gente que no conoce. ¡No soy prostituta, solo soy una ciudadana de los Estados Unidos que vino de vacaciones, y tuvo la mala suerte de ser asaltada afuera del aeropuerto!

—No se altere por favor, creo que usted me malinterpretó.

—Lo dudo.

—Si me permite que le explique, le puedo informar que se necesita la constancia hecha en la policía, y algún otro documento que la identifique. De no tenerlo, necesitará a alguien que declare saber quién es usted.

—Pero...

De pronto se abrió una puerta, y se escucharon unas pisadas detrás de ella en dirección a la puerta. Brittany no se volteó, pero guardó silencio.

—Carol, voy a almorzar y no regresaré, pues tengo que ir a una reunión después.

—Sí, señor Conelly.

¿Conelly? Con razón a ella le pareció que había escuchado antes esa voz, pero hace mucho tiempo atrás.

—¿Marcus? —dijo ella a la espalda del hombre.

Cuando Marcus Conelly, secretario del Cónsul, escuchó su nombre se dio la vuelta de inmediato.

—¿No te acuerdas de mí, de la preparatoria? Soy Brittany Roberts.

Él se acomodó las gafas y la observó atentamente.

—¿Brittany, la flacucha del gran flequillo?

—La misma —confirmó, Brittany sonriendo.

—No, la misma no. Ahora eres una hermosa mujer y ya no llevas ese horroroso flequillo.

Ambos rompieron a reír, y se abrazaron.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí, y tú qué haces en Milán.

—Es una larga historia, si me invitas a almorzar te la cuento.

Marcus se quedó pensando un momento, pero enseguida marcó un número en su móvil y canceló la reunión que tenía programada.

—¡Oh, qué tonta soy! Interrumpo tu trabajo.

—*No era de trabajo* —susurró él a su oído—. Vamos.

Brittany se colgó del brazo de Marcus y salieron por la puerta charlando.

Mientras Brittany se alejaba con su amigo de la adolescencia por la

izquierda, por la derecha venía Massimo, quien alcanzó a verlos caminando y charlando animadamente en dirección a la Via Dante. ¿La habría perdido? Sus puños se contrajeron por la desesperación. No podía hacer nada, solo esperar.

Marcus y Brittany se pusieron al día en lo que respectaba a su vida pasada, desde que se habían dejado de ver en la época del colegio. A ella no le extrañó que él le contara que, aunque vivía solo, tenía una pareja del mismo sexo. Ya cuando estaban en la preparatoria se escuchaban rumores que él nunca confirmó ni desmintió. Ahora Marcus era feliz en su relación con Leonardo, y eso alegró a Brittany.

—No puedo creer que te hayan hecho tremendo desaire, Britt, siendo tan hermosa.

—Quizás no éramos el uno para el otro y yo no me di cuenta. Yo estaba ten entusiasmada con la idea de casarme, que no vi más allá. Si me llegaron señales nunca las percibí.

—No lo disculpes, Britt.

—No lo hago, solo digo que debí haber estado más alerta.

—¿Y con el italiano?

—Me gusta, pero son gente complicada. Prefiero retirarme antes de enamorarme. No quiero sufrir otra decepción. No sé si podría soportarlo.

—Entonces te gusta más de lo que admities.

—Sí, pero no lo digas.

—Está bien Britt... Yo puedo ser tu testigo, te conozco de muchos años, pero tendrás que regresar a Florencia y conseguir que la policía te entregue copia del documento de denuncia. Te tomarás fotos nuevas, y con eso ya podemos obtener otro pasaporte.

—¿Y cuánto tardará eso?

—Una semana.

—¿Tanto?

—Sí. ¿Y voy a continuar todo ese tiempo sin dinero?

—Yo te puedo prestar, no te preocupes por eso. Es más, puedes quedarte conmigo mientras tanto.

—Gracias, Marcus. Quisiera llamara a mamá también, que debe estar preguntándose por qué no lo he hecho.

—¿No la has llamado?

—Mi celular también estaba en la cartera. Pude haber pedido prestado uno a los Carotta, pero no me dio la gana... Aceptaré que me prestes dinero. Ahora regresaré con ellos, pero mañana mismo después de ir con la policía, me tienes de vuelta.

Marcus sacó de inmediato la billetera y le pasó una buena cantidad de euros.

—Avisaré en la portería que vas a venir para que te abran la puerta de mi departamento por si llegas cuando yo no esté.

—Gracias, Marcus, solo espero no importunar.

—De ningún modo, Leo y yo estamos juntos, pero nos gusta llevar nuestras vidas independientes. Además, dormimos juntos bastante seguido. Nuestro amor es tranquilo, no de esos avasalladores que necesitan estar todo el tiempo sobre la otra persona.

Brittany sonrió a su amigo y se puso de pie con la intención de marcharse, pero él hizo lo mismo.

—¿Dónde se hospedan?

—En el Cavour.

—Caminemos entonces, no queda tan lejos. Así aprovechas de ver algo de Milán.

—Perfecto.

Cuando Brittany entró al hotel una hora después, Massimo la esperaba en el lobby.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote.

—¿En el lobby, como si fueras mi padre?

—No sabes en cuál habitación estamos.

—Pude haber preguntado. ¿Almorzaste?

—No, ¿y tú?

—Sí.

—Me imagino que en buena compañía.

—Imaginas bien.

Massimo apenas podía disimular la rabia que sentía y Brittany se dio cuenta de ello, empero no le daría en el gusto de mostrar que le afectaba su actitud.

—Bueno —dijo ella—, ¿me muestras por dónde? Estoy cansada.

—¿Me vas a decir qué ocurre? —atacó ella de inmediato en cuanto estuvieron en la habitación, quizás envalentonada por el respaldo que le otorgaba el haberse encontrado con Marcus—. ¿No deberías estar ocupado con tu madre? ¿el viaje no era para que ella viniera al médico?

—¡Para por favor! Mi madre ya tiene agendada su cita para mañana. Y no soy yo el que está extraño, sino tú. ¿No tendrá nada que ver el hombre con el que estabas hace un rato?

—¿Es que acaso me seguiste? ¿Cómo pudiste?

—¡No! Estaba preocupado por ti. No sabías si podrías llegar al consulado tú sola.

—¿Tan tonta me crees?

—No se trata de eso, cariño.

—¡Por favor deja de tratarme así, no somos nada tú y yo!

Massimo acortó la distancia que los separaba y cogió el rostro de ella con ambas manos.

—No digas eso... Brittany, estoy enamorado de ti. Te amo.

—¿En tan poco tiempo?

—Cuando encuentras a la persona correcta, no es necesario que pase tanto para descubrirlo. Ya te lo dije ayer, ¿recuerdas?

Brittany miró hacia el cielo raso, y él le tomó el mentón con suavidad para obligarla a mirarlo de frente.

—¿Me vas a decir que no sientes nada por mí? ¿Que estos días no han significado nada para ti?

—Lo he pasado fantástico...

—¿Fantástico? ¿Así resumes lo que hemos vivido, lo que sientes cuando te beso?

—No, tienes razón. Han sido sublimes. Pero ya es tiempo de volver a la realidad. Tú te vas a casar, y *yo no quiero sufrir una vez más*— terminó diciendo en un susurro.

Massimo se la quedó contemplando en silencio sin entender las palabras balbuceantes de ella.

—No me voy a casar con Ornella. Te amo, créeme por favor.

Brittany suspiró. ¿Cómo le haría entender a Massimo que era imposible que se quedaran juntos? Ella sentía mucha desconfianza aún, y por otra parte estaba todo el lío con el director de la Asociación. Eran tantas preguntas que deseaba formularle que casi atragantaban su garganta, pero de qué le serviría averiguar cosas de la vida de él, si ella de todos modos pondría un tremendo océano entre ambos. Sabía que nunca encontraría otros brazos como los de ese hombre, ni nadie que fuera capaz de darle tanto placer, pero por su propio bien debía renunciar pues algo le decía que si se quedaba sufriría mucho más que antes.

Massimo tomó su suspiro como una claudicación, y la besó con pasión. Brittany no fue capaz de resistirse y acabaron los dos en la cama, amándose casi con loco arrebató. Brittany sabía que era la última vez y se dejó llevar.

Massimo intuía que algo sucedía con ella, y quería demostrarle que una pasión como esa no se olvida tan fácilmente. Le dijo muchas veces que la amaba, pero ella no fue capaz de responder ni una sola vez, ya que estaba convencida de que no sentía lo mismo, o al menos, eso pensaba.

El ocaso se había dejado caer sobre Milán, cuando Brittany abrió los ojos. Estiró sus miembros doloridos, y luego observó a Massimo. Este dormía plácidamente sobre su estómago. Ella se movió, esperando a que él despertara, pero no fue así. *Mejor*, pensó, así se evitaría las despedidas y los reproches, porque era lo que sucedería si él notaba que se estaba yendo.

A ella no le quedaba duda de que él estaba enamorado. Solo así se explicaba la vehemencia con que la amaba, la besaba, la penetraba, como queriendo que su cuerpo se convirtiera en una jaula de la que ella no pudiera escapar. Y sí, ella soñaba con un gran amor, pero no uno que la quisiera tener cautiva. Massimo era físicamente todo lo que cualquier mujer desearía, pero su personalidad era demasiado dominante, y eso era lo último que deseaba en su vida. El amor era compartirlo todo, pero también era libertad. Si se quedaba con Massimo él terminaría por consumirla.

Cuando estuvo vestida, se aproximó a Massimo con la intención de darle un último beso, pero se arrepintió enseguida, si lo despertaba ya no

podría marcharse tranquila.

En la recepción pidió lápiz y papel para escribir. Le dejó una sencilla nota a Francesca y se marchó. Cuando salió a la calle, la noche había caído por completo sobre Milán, y aunque intentó endurecer sus sentimientos no pudo evitar que sus ojos se humedecieran por la temprana añoranza.

Hizo parar un taxi y se acomodó en el asiento de atrás pensando que lo peor había pasado, cuando el conductor comenzó a sintonizar la radio, y una voz que le pareció vagamente familiar, inundó el coche.

*Vorrei poterti dedicare di più
più di quel tempo che ti posso dare
ma nel mio mondo non ci sei solo tu
e perciò devo andaré...*

No estaba segura, pero le parecía haberlo escuchado en la cocina, María siempre tenía el radio a todo volumen, y era inevitable no escuchar desde otros lugares de la casa.

—¿A dónde la llevo? —le preguntó el conductor en inglés y ella se sorprendió.

Ella le indicó la dirección de Marcus.

—¿Habla inglés? ¿Cómo supo...?

—Miró varias veces la dirección que trae anotada en el papel. No habla italiano.

—Es verdad, apenas puedo pronunciar algunas palabras.

—No se preocupe, aprenderá con el tiempo.

¿Con el tiempo?

—Dígame una cosa: ¿de qué trata esta canción?

—Habla de esos amores que no se olvidan. Él debe marcharse y se está despidiendo, pero le asegura que hay amores tan grandes que es imposible sacárselos del corazón.

—¿Y cómo se llama?

—«Una emoción para siempre».

Brittany sintió un dolor punzante en el pecho. Quizás Massimo no solo se quedaría adherido a su piel, sino también clavado en su corazón para siempre, y ese era el dolor que estaba sintiendo ahora mismo.

Bastante perturbada por lo que comenzaba a ser un nuevo descubrimiento, apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Cuando llegó al departamento de Marcus, este la recibió con los brazos abiertos. Él estaba encantado de tenerla en su casa, le dijo, y era raro porque ellos nunca fueron amigos, solo chicos que se conocían porque asistían a la misma escuela. Como fuera, para Brittany era agradable contar con su amistad.

—¿Francesca, tú sabes dónde está Brittany?

—No —mintió ella.

En el mensaje de despedida que Brittany le dejó a Francesca, estaba la dirección del departamento de Marcus, y sus señas de Nueva York, por si la chica viajaba alguna vez tal como deseaba.

La hermana de Massimo, había comprendido que Brittany no quería que su hermano supiera su paradero y por eso guardaba silencio. Ella no perdía la esperanza de irse a estudiar a Estados Unidos, y confiaba en que la otra joven la ayudaría en eso.

—No entiendo por qué se marchó. Pensé que había quedado todo claro entre nosotros.

—Fue lo mejor que pudo suceder —intervino Olympia con acritud.

—Me extraña que digas eso, mamá. Tú que te viniste románticamente tras papá.

—Lo hice porque no pendía un hacha sobre nuestras cabezas. Todo es diferente contigo. Tu compromiso es demasiado grande, y solo recuerda que te lo advertí.

—No quería perder los viñedos.

—Y por eso vendiste tu alma al diablo.

Massimo se paseó por la sala, su madre tenía razón, él mismo se había puesto la soga al cuello esa noche en que las vides ardieron bajo el calor del verano.

Estaba tan desesperado. Su producción siempre fue a poca escala, y como se negaba a llenar sus botellas con el mismo Chianti corriente que producían los otros vinateros, no tenía suficientes fondos para hacer frente a las pérdidas.

En esa época había salido con Ornella en un par de ocasiones, pero pronto la joven se había encaprichado con él. Massimo dejó de frecuentarla

pensando en que todo quedaría ahí, pero esa noche cuando estaba con Renato, de pie sobre los restos de vides quemadas, este le dijo sin tapujos que le daría un préstamo a cambio de que se casara con su hija. Según el hombre, Orenella estaba enamorada y él era un padre que no tenía corazón para negarse a cualquier cosa que ella pidiera. Massimo pudo haberse negado en ese momento, pero dentro de su cabeza solo habitaba un pensamiento: salvar la viña de su padre. Además, creyó que con el tiempo la chica se cansaría y terminaría por olvidar la idea de la boda. Habían pasado casi tres años ya, en los que había hecho de todo para desilusionar a su prometida, pero ella seguía firme y cada vez más ansiosa por poner fecha al acontecimiento.

Gracias al dinero de Renato Santorini había logrado sacar adelante a CDC, pero continuaba siendo un producto que no lograba posicionar en el mercado a pesar de su calidad inigualable.

—Tienes razón, mamá, pero fue un bello sueño.

—No me odies, hijo. No temo por la pérdida material sino por la integridad de tu vida y la de tu hermana. Ese hombre es peligroso, nunca entendí cómo tu padre lo consideraba su amigo.

—No te odio, mamá. Yo solo me metí en este lío. Jamás pensé que podría conocer una mujer que pusiera mi vida de cabeza. Creí que era ajeno a tales sentimientos.

—Eres un romántico, hijo mío, y eso te hará sufrir mucho.

—Ya estoy sufriendo, mamá —dijo él, con una tristeza infinita en sus ojos marrones.

Como cuando era niño y algo le perturbaba, se sentó en el suelo junto a su madre y puso la cabeza en su regazo para que lo acariciara. Cuando era pequeño eso le calmaba, ojalá en la actualidad fuera igual.

Massimo apenas si logró dormir algo esa noche, prendía el televisor y vagaba por los canales con el comando a distancia esperando encontrar algún programa que lo distrajera, pero al no ser así mejor apagaba el aparato. Así estuvo por varias horas: encendiendo y apagando el televisor, y lo que no sabía era que Brittany estaba prácticamente en la misma situación que él, nada más que en vez de intentar distraer su mente se había dedicado a llorar.

Por la mañana se levantó muy temprano y bajó a desayunar al café del hotel para no hacer ruido y no despertar a su madre y su hermana que estaban en la habitación contigua.

Cuando terminó el desayuno que apenas probó, miró la hora en su reloj de pulsera: aún faltaban dos horas para la cita con el médico de Olympia. Obedeciendo a un impulso subió nuevamente a su habitación, y a través de la puerta que comunicaba ambas habitaciones, entró a la de su madre y hermana.

Massimo estaba seguro de que Francesca mentía. Si conocía bien a su hermana, ella habría estado frenética de saber que Brittany se había marchado sin hablar con ella antes.

Con el mayor sigilo que pudo, se dedicó a revisar las pertenencias que su hermana había dejado en la sala. Esperaba encontrar algo allí, no quería entrar al cuarto y correr el riesgo de ser descubierto. Ya casi se daba por vencido pensando en que sus sospechas eran infundadas, cuando encontró un papel muy doblado en un bolsillo casi oculto de la mochila de Francesca. Lo estiró y comprobó que solo eran unas cuantas líneas. Se lo guardó en el bolsillo y salió de la habitación tal cómo había entrado.

Él no conocía la letra de Brittany, pero estaba seguro que era de ella. Adentro del ascensor leyó con detenimiento lo que decía el mensaje escrito en papelería del hotel.

Brittany se disculpaba por tener que marcharse, pero no daba más explicaciones, solo añadía una dirección del mismo Milán, y además

agregaba otra de Nueva York que debía ser la suya propia. No había número telefónico o correo, tendría que bastar con la dirección. Armándose de valor, llamó un taxi y le dio la dirección que estaba al otro extremo de la ciudad, si se atrasaba llamaría a Francesca para decirle que las encontraría en la consulta del médico.

Se rio de sí mismo cuando bajó del taxi, temblaba como un adolescente ante su primera cita. Aún no eran las nueve y quizás Brittany estaría todavía en la cama, pero no le importó ya que era ahora o nunca.

El departamento se encontraba en un antiguo edificio y por lo tanto no contaba con ascensor, pero dado el buen estado físico de Massimo, subió con facilidad hasta el sexto piso.

Cuando estuvo frente al 621, nuevamente los nervios fueron presa de su persona, pero antes de dar paso al arrepentimiento oprimió el timbre que estaba enmarcado dentro de un círculo de bronce. A los pocos segundos escuchó pasos que se acercaban con rapidez a la puerta: ¿sería Brittany?

—Buenos días —saludó un hombre alto y delgado, muy bien vestido—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Yo...

“*Estoy buscando a Brittany Roberts*”, iba a responder él, cuando de pronto la vio aparecer envuelta en una toalla, con el pelo húmedo y una sonrisa en los labios.

—¡Massimo! —exclamó ella sorprendida.

—Ya veo que te sorprende verme.

—Por supuesto.

—¿Por qué no entras? —preguntó Marcus.

—No hace falta, la respuesta que venía a buscar ya la encontré.

Massimo se dio media vuelta y se marchó, dejando a Brittany confundida y a Marcus con la boca abierta.

—¿Qué fue eso? —preguntó él una vez hubo cerrado la puerta.

—Massimo Carotta.

—¿El del Chianti?

—Sí.

—Cariño, me pareció que venía por ti.

—Dice que me ama.

—Y tú a él, eso se nota.

—Puede ser, pero es imposible.

—No entiendo por qué si ambos son solteros, porque él lo es, ¿verdad?

—Está comprometido, y no solo con una mujer... Es algo complicado. Creo que encapricharse conmigo le trajo problemas y no quiero eso para ellos.

Brittany no podía observar su propio rostro, pero su amigo lograba ver el amor reflejado en él. Su amor tenía que ser demasiado grande como para ser capaz de una renuncia así.

—¿Tú sabes eso o solo tienes sospechas?

—Escuché unas conversaciones que no comprendí muy bien, pero cuando él declaró delante de su familia que quería estar conmigo, su madre cambió mucho su trato hacia mí. Además, Massimo es bastante dominante y algo machista, y ninguna de las dos cosas me gusta.

—Bueno, eso se puede conversar, ¿no?

—Pero es inútil hablar de eso ahora.

—¿Sabes cómo se llama su prometida? —preguntó él mientras abría su portátil.

—Ornella. Ornella Santorini.

Marcus repitió el nombre mientras buscaba en la web, y de pronto sus ojos brillaron.

—¡La encontré! Verdaderamente es una preciosa morena.

—Lo es.

—Oye, aquí dice que es hija de un importante vitivinicultor. ¿Sabías eso?

—No. Déjame ver.

Brittany se acercó más a Marcus y miró sobre su hombro.

—¡Ese! Ese es el hombre que discutía con Olympia el día de la feria, y por la noche llegó junto a Massimo y me pareció que lo amenazaba.

—Acá dice que son de Génova y que Renato Santorini, que así se llama el hombre, es el presidente de la Conzorcio de Vino Chianti Classico y se rumora que sus negocios incluyen tratos con la mafia... Cariño, creo que lo mejor que puedes hacer es olvidarte de él. En Italia meterse con la mafia no es un juego.

—Por suerte no me llegué a enamorar de él —repuso ella con amargura.

—Quizás si te lo continúas repitiendo se convierta en verdad.

Marcus cerró el portátil y se marchó al consulado pues ya estaba bastante atrasado.

Brittany estuvo dando vueltas por el departamento toda la mañana. No se animaba a salir y correr el riesgo de encontrarse con Massimo. Marcus le había prestado dinero para que se comprara otra ropa ya que ella solo tenía lo que llevaba puesta por la noche, pero aguardaría otro día antes de ir a comprarse algo. Y esperaba que su documentación no se demorara y poder regresar por fin a Nueva York.

No extrañaba su vida anterior ni el lujo al que estaba acostumbrada, pero necesitaba poner distancia o de lo contrario perdería su buen juicio e iría a rogarle a Massimo que la recibiera de vuelta sin importar las consecuencias. Pero no, lo amaba demasiado como para... Un momento, ¿lo amaba? ¡Sí, maldita sea, lo amaba! Sin embargo, no podía hacer nada con ese amor. Tenía que dejarlo ir tal como decía la canción, pero tenía la certeza de que jamás lo olvidaría, pues un hombre como Massimo era imposible de dejar atrás por completo.

—Ya sabes mamá, si no haces lo que el médico ha dicho, te prometo que te llevo a una casa de reposo para que te vigilen todo el día, ¿te gustaría eso?

Iban de regreso al hotel a bordo de un taxi.

—¡Por supuesto que no! Soy una mujer grande. Sé cómo cuidarme.

—A veces no lo parece.

—¿Qué te pasa que estás con ese humor de perros?

—Es por Britt, ¿verdad? —preguntó Francesca apenada—. Pensé que iríamos de compras juntas.

—Ella decidió marcharse y no hay nada que pueda hacer al respecto —repuso Massimo con hosquedad.

—Y fue lo mejor que pudo haber hecho —añadió Olympia—, por el bien nuestro y el de ella misma.

—¡Pero mi hermano no ama a Ornella, mamá!

—¡Basta! No es un tema para discutir a bordo de un taxi.

—¿Cuándo regresamos a Florencia?

—Mañana temprano, así que tú y mamá tienen solo esta tarde para ir

de compras. Y no se entusiasmen demasiado.

—Yo no tengo ánimos de compras —dijo Olympia.

—Entonces iré yo sola. Massimo, ¿me das dinero? Así me bajo ahora mismo del taxi.

Massimo le pasó una tarjeta de crédito y algunos billetes.

—Recuerda lo que te dije, Francesca, y no regreses muy tarde.

—No lo haré, te lo prometo.

Era un poco más del mediodía cuando el timbre de la puerta sobresaltó a Brittany.

Quizás como una forma de torturarse, se había servido un poco de Chianti, y ahora estaba allí sola rumiando su pena.

El timbre otra vez. No sería Massimo otra vez, ¿o sí?

Con desgana fue y observó por la mirilla de la puerta: era Francesca, ¿qué hacía allí?

Con poco entusiasmo Brittany abrió la puerta.

—Hola, Francesca.

19

—¡Brittany! —La chica se arrojó en sus brazos emocionada.

—Recuerda que no nos vemos solo de ayer.

—Pero para mí ha sido una eternidad. Te he extrañado demasiado, no sabes lo aburrido que es estar sola con mamá y mi hermano.

—Pasa.

Francesca entró y tomó asiento en uno de los sofás. Luego de acomodarse, miró expectante a Brittany.

—¿Qué? —preguntó esta, intuyendo de antemano lo que la joven deseaba saber.

—¿Me harás preguntar? Está bien. ¿Por qué te marchaste?

—Porque era lo indicado o, mejor dicho, lo es.

—¡Massimo te ama!

—Quizás, pero sería malo para ustedes que yo me quede con él. Francesca, ya sé quién es Ornella y, sobre todo, quién es su padre.

—¿Cómo...?

—La noche anterior al viaje, vi a ese hombre en la Villa. Ellos discutían en la biblioteca, imagino que de lo mismo que discutía con tu madre en la feria.

—¡Ah, eso!

—No sé bien de qué se trata, pero intuyo que no es nada bueno para Massimo.

—Y tienes razón. Él está obligado a casarse con la pesada de Ornella. Si no lo hace, su padre no solo puede intentar cobrar la deuda a Massimo sino matarlo... O quizás a nosotras.

—¿Así de grave es?

—Pon atención.

Francesca le narró los acontecimientos desde el día de la muerte de su padre, acaecida hacía dos años atrás, hasta el día del incendio, y cómo a raíz de esto había terminado involucrándose con Renato Santorini y

posteriormente con su hija.

—Me estás dando la razón, Francesca, no puedo tener una relación con tu hermano.

—¡Pero él te ama, y yo no creo que pase algo tan terrible si él no se casa con Ornella!

—Marcus me ha dicho que es peligroso meterse con la mafia, y al parecer el padre de Francesca tiene vínculos o pertenece a una familia.

—¿Quién te dijo eso? ¿Y quién es Marcus?

—Está todo en la web, y si hay rumores es por algo. Y Marcus es mi amigo, el dueño de este departamento... Francesca, ¿tú le diste esta dirección a Massimo?

—No, ¿por qué?

—Vino esta mañana.

—Entonces ya hablaron.

—No. Creo que se imaginó que yo estoy con Marcus y se fue enseguida.

—¿Y no es cierto?

—Es imposible que yo esté con Marcus, él está comprometido. Lo conozco porque asistimos a la misma escuela.

—Brittany, nos marchamos mañana, aún tienes tiempo de ir y arreglar las cosas con mi hermano. Sacarlo de su error y decirle que lo amas.

—No, vamos a dejarlo así.

—Britt, ¿aún me recibirás si voy a Nueva York?

—¡Por supuesto, no lo dudes!

Francesca se levantó y la abrazó con fuerza.

—Te quiero mucho, Britt.

—Yo también, pequeña.

—Espero que nos volvamos a ver.

—Yo también.

Se dieron otro abrazo y Francesca se marchó.

Ya por la tarde se sentía como león enjaulado de tanto dar vueltas. No sabía qué hacer. Por fin se decidió y cogió el móvil que Marcus le había prestado para que usara ella en caso de que quisiera. Después de pensar un poco para recordar el número de su madre, oprimió los números en la pantalla, luego el botón verde, y esperó.

Al otro lado de la línea, el teléfono sonaba, pero nadie contestaba. Se le ocurrió mirar la hora en su Chopard: eran casi las seis de la tarde, pero dado la diferencia horaria, en Nueva York era mediodía así que no había razón para que su madre no respondiera. Tuvo que darse por vencida y colgar.

Una hora más tarde y luego de haber dado mil vueltas más por el departamento y tres copas más de Chianti, cogió su cartera, el móvil y las llaves que Marcus le había pasado, y salió a la calle. No sabía si era ella o el vino, pero de pronto tuvo el valor para enfrentar a Massimo. No iba a forzarlo a volver con ella, solo deseaba despedirse de él y tratar de explicarle, nuevamente, que lo de ellos era imposible.

Brittany se detuvo ante la puerta de la habitación de Massimo en el hotel y levantó la mano para tocar, pero la dejó caer, le faltaba valor. Se dio la media vuelta para alejarse, sin embargo, se arrepintió y volvió a ubicarse de frente a la puerta. Levantó esta vez con decisión la mano y golpeó. Fueron dos golpes suaves.

La moqueta del interior atenuó los pasos, así que ella no se dio cuenta que alguien se acercaba a la puerta hasta que esta se abrió de improvviso.

—¡Brittany!

—Hola, Massimo —saludó ella, esparciendo el aroma al Chianti que a Massimo le llegó con fuerza—. Vine porque necesito charlar contigo.

Él solo llevaba puestos los pantalones, pero eso no le sorprendió, quizás ya se preparaba para meterse en la cama.

—¿Puedo pasar? —insistió Brittany.

—Espérame en el lobby, bajo enseguida.

Massimo parecía nervioso, pensó Brittany.

—¿Y por qué no charlamos aquí?

—No quiero que mamá nos oiga.

—Comprendo —repuso ella, pero no muy dispuesta a darle en el gusto. El vino se le había ido a la cabeza y estaba actuando como los borrachos: con absoluta testarudez—. Hablaré despacio, te lo prometo.

—Espérame abajo, por favor. Voy en un instante.

Brittany continuaba parada en el umbral de la puerta con cara de boba, ¿por qué no se marchaba y ya? Estaba haciendo el ridículo.

—*Cosa c'è che non va, Massimo?*

¿Era la voz de Ornella? ¿Hablaban desde el baño o del cuarto? Bien pronto tuvo la respuesta: Ornella apareció en la sala envuelta en una sábana, cual diosa del Olimpo.

—*Cosa sta facendo questa cagna qui!*

—Creo que esta vez es mi turno decir que obtuve la respuesta antes de preguntar —dijo Brittany apoyando una mano en el marco de la puerta para no caer.

Estaba comenzando a tener una sensación de desmayo: todo comenzó a girar a su alrededor y no soportó la náusea.

Avergonzada por la situación; corrió por el pasillo del hotel con una mano en la boca, mientras la risa hueca de Ornella la perseguía. Por suerte para ella, dio con la salida a una escalera de servicio y se encontró a boca de jarro con un enorme bote de basura que aguardaba a ser sacado al exterior. Brittany se dobló completamente sobre su estómago y devolvió todo el Chianti que se había tomado durante el día: el beber sin probar bocado le había pasado la cuenta.

Cuando terminó de vaciar su estómago, Brittany se enderezó con dignidad, limpió su boca y se marchó. Nunca había sido buena para los juegos de azar, siempre que apostaba, perdía.

Massimo cerró la puerta y con ella la última oportunidad de entenderse con Brittany. Ornella se había salido con la suya, y él se había comportado como un cobarde. ¿Pero qué podía decirle? ¿Me refugié en los brazos de mi novia porque tú me rechazaste? Lo más sensato era que cada uno continuara por su camino: Brittany lo olvidaría pronto y esperaba que él también pudiera sacársela de su cabeza y de su corazón, pero permanecería para siempre en su piel como una célula más.

—*Massimo, sposiamoci presto* —ronroneó Ornella en su oído.

—*Quando vuoi, metti la data.* —¿Qué más le podía responder? Ya no había razón para retrasar la boda.

Cuatro días después Brittany abordaba el avión que la llevaría de vuelta a Nueva York. Marcus la había despedido con lágrimas en los ojos y le había insistido que se mantuvieran en contacto, y ella a su vez le había rogado que, si él y Leo iban a los Estados Unidos, se fueran a quedar con ella.

Cuando por fin el avión despegó el tren de aterrizaje de la losa del

aeropuerto de Milán, Brittany supo que todo había terminado, y que tendría que conformarse con llevar consigo esa *emoción para siempre* que no la abandonaría, aunque jamás en la vida volviera a ver a Massimo.

Epílogo

Nueva York, cinco años después

—Recuerda que esta noche tenemos junta —decía Joy al otro lado de la línea.

—Lo sé pero no iré si están intentando emparejarme de nuevo con un primo o un amigo solterón. Ya me cansé de sus jueguitos.

—Lo hacemos por tu bien, Britt, no es bueno que estés sola. Cinco años es mucho tiempo. Pero puedes estar tranquila, seremos nosotras solo mujeres.

—Tampoco me intereso por mujeres, Joy.

Se escuchó una sonora carcajada al otro lado de la línea.

—Iré solo un rato, estoy muy cansada. Ahora estoy trabajando aprisa porque al mediodía debo estar en el Central Park para la presentación de Millie.

—Nosotras también tenemos hijos y también estamos cansadas, pero nos hacemos un tiempo para la vida social.

—Joy, no quiero hablar nuevamente de ese tema y que me sueltes el sermón de siempre... Bueno, te dejo porque estoy revisando un nuevo proyecto que debe estar listo esta tarde.

—Trabajas mucho.

—Lo sé —repuso antes de colgar.

A Brittany le gustaba su vida. Era su propia jefa en la inmobiliaria. El trabajo no faltaba, al contrario, el último año se habían disparado las ventas. Vivía bien, ya no conducía un deportivo, sino uno familiar, pero de los mejores del mercado. Su vida la llenaba la pequeña Millie, ¿qué más podía pedir? ¿Qué le hacía falta que no tuviera ya? Nada, se repetía siempre a sí misma. Nada, intentaba convencerse cada vez que le venían las dudas.

Miró la hora en su reloj: las diez y treinta. Una hora más de trabajo

esa mañana y tendría que salir volando a la presentación de ballet. ¿Por qué se les había ocurrido hacer la presentación de verano en el Central Park y no en la escuela como todos los años? Lo recordó: estaba cumpliendo cincuenta años y querían echar la casa por la ventana.

Florenxia, un día antes

— *Papà, perché stiamo andando in aereo?*

— *Perché gli Stati Uniti sono molto lontani. Dobbiamo attraversare l'Oceano Atlantico.*

— *Ah! Ma perché ci stiamo andando?*

— *Perché papà ha degli affari lì.*

— *Voglio stare con i nonni.*

Massimo se puso de rodillas en el suelo para quedar a la altura de su hijo. Puso cada mano en sus pequeños hombros y lo miró a los ojos.

— *Ascita: ho promesso a tua madre che mi sarei preso cura di te e che non ti avrei mai lasciato solo, ed è quello che intendo fare ... E lei inizia a parlare in inglese perché è la lingua del paese che visiteremo, ¿entendido?*

— Sí, papá —respondió el pequeño Adriano en perfecto inglés.

— Salgamos ahora o se nos hará tarde y no queremos perder el avión.

— No, no queremos.

Lucca puso su pequeña mano en la grande de papá y salió junto a él hacia el taxi que los esperaba para llevarlos al aeropuerto de Florenxia.

Massimo se había prohibido pensar en Brittany durante esos largos cinco años. La foto en la que ella aparecía junto a Francesca y a su madre, estaba oculta en el fondo de un cajón que nunca abría.

Al principio la añoranza apenas le permitía respirar, pero cuando su hijo había llegado a este mundo, había logrado mitigar un poco el dolor de su alma y de su cuerpo, porque las células que llevaban escrito el nombre de ella aún continuaban formando parte de su piel.

Lucca había sido prematuro y estuvo delicado por varios meses. Además, Ornella al fallecer en el parto había dejado al niño sin la alimentación y los cuidados esenciales de una madre. Sin embargo, con el

transcurrir de los meses, el bebé débil se había convertido en un niño robusto y sano.

Todo había continuado tranquilo dentro de su corazón, hasta ahora que se había presentado la oportunidad de hacer negocios en Nueva York, con una cadena de restaurantes que se especializaba en comida orgánica. Hoy volvía a latir alocadamente su corazón y no sabía qué hacer con eso.

Aún conservaba la dirección que Brittany le había entregado a Francesca, pero ¿se atrevería a buscarla? ¿Tenía el derecho de irrumpir en la vida de ella, después de tantos años? ¿Se habría casado? ¿Sería feliz? ¿Tendría hijos también?

—Millie, no te muevas tanto o no podré peinarte.

—Está muy apretado, abuela.

—Eres la bailarina estrella, debes verte bien.

—¿Vendrá a verme papá?

A Cynthia se le encogía el corazón cada vez que la niña preguntaba por su papá.

Si bien Cynthia y su hija nunca se habían llevado demasiado bien, cuando Millie nació, todo cambió entre ellas: la pequeña era la niña de los ojos de su abuela y odiaba verla sufrir o que le sucediera algo.

—¿Hasta cuándo lo voy a esperar? Mamá siempre dice que iremos a conocerlo y nunca sucede.

—Ya ocurrirá, bebé, te lo prometo y tú sabes que tu abuela siempre cumple, ¿o no?

—Sí.

—Quedaste preciosa —le dijo a la niña y la volteó para que mirara su reflejo en el espejo del cuarto de baño.

La niña que tenía la piel algo más oscura que su abuela y su madre, pero que ostentaba unos hermosos ojos verdes, se observó en silencio pues para ella era todo lo mismo.

—Abuela, ¿se lo dirás a mamá?

—¿Qué, mi cielo?

—¿Que debe llevarme a conocer a papá?

—Se lo diré, Millie, no te preocupes.

El departamento estaba a pocas cuadras del Central Park, así que Cynthia se llevó caminando a su nieta, pero la pequeña no hizo más que

hablar del padre que no conocía todo el camino. Fueron tantas las preguntas y tantos los ruegos que la mujer se prometió hablar seriamente con Brittany. Ya era tiempo que le contara la verdad a su hija, o en su defecto que la llevara a Italia.

Cuando llegaron al *auditórium* y vio a sus amiguitas, la niña se olvidó de todo, pero Cynthia sabía de sobra que era solo por el momento. Desde que había cumplido cuatro años en la pasada primavera, se había vuelto más madura, y por lo tanto más consciente en lo que a su vida se refería.

Cuando Millie acudió al llamado de su profesora, Cynthia le pegó un codazo a Brittany.

—Tenemos que hablar, y esta vez es en serio.

—Si se trata de lo que creo, olvídale.

—¡Olvídale tú! ¡No se trata de lo que tú creas, sino que lo que tu hija necesita! ¡Ha estado toda la mañana preguntando lo mismo, e insistiendo en que te convenza de llevarla a verlo!

—Calla, mamá. Ya va a empezar.

La presentación de la pieza, basada en el ballet *La Cenicienta*, interpretado por niños de primer año comenzó y todos guardaron silencio. Los padres lucían emocionados al ver a sus pequeños tan serios como si estuvieran en una presentación real. Brittany contenía las lágrimas, mientras que su madre las dejaba derramar sin pudor. Fue en ese momento en el que se planteó por primera vez si tenía derecho a negarle a su hija el mayor anhelo de sus cortos cuatro años, y se preguntó a la vez si él perdonaría su silencio de tanto tiempo.

Cuando la presentación terminó, todos comenzaron a retirarse.

—Yo debo volver a la oficina —dijo Brittany.

—¡No, mamá! ¡Vamos a comer *pizza* con la abuela!

—No puedo, cariño. ¿Por qué no se van a comer algo al departamento y por la tarde salimos las tres a comer *pizza*?

—¡Entonces, cómprame un globo! Después te puedes marchar.

—Está bien. Eres muy manipuladora, Millie Roberts.

—¿Por qué yo tengo solo tu apellido? ¿Mi papá también se llama Roberts?

Intercambio de miradas entre madre y abuela.

—¿Dónde está el señor de los globos, cariño?

—¡Allá, mira!

Caminaron hasta donde estaba un hombre con muchos globos multicolores atados a su mano. Brittany le compró uno rosa, el color favorito de Millie en ese momento. Se lo entregó y se dispuso a marchar.

—¡Mamá, el globo se escapó! —gimió la niña.

—Te lo até bien, no sé cómo sucedió.

—¡Es que yo quería cambiarlo de mano! —lloriqueó ella.

—Vamos, te compraré otro, pero no llores más.

—¡Era el único rosa que tenía!

—Quizás tiene otro, cariño. Iré a ver.

Brittany se alejó hacia el hombre de los globos, mientras Millie lloraba a viva voz.

—¿Esto será de la *signorina*? —preguntó de pronto una voz a espaldas de la pequeña.

Millie se dio la vuelta, y sus ojos verdes brillaron de felicidad al ver el globo que pasaba desde las manos del hombre a las suyas.

—Muchas gracias, señor...

—Carotta. Soy Massimo y este es mi hijo Lucca.

Cynthia no conocía al padre de Millie, pero de inmediato supo que era él. Aunque el hombre no lo percibiera, el parecido era innegable.

De inmediato pensó que tenía que hacer algo para que se encontrara con Brittany. El destino les estaba dando la oportunidad de que las cosas por fin se aclararan.

—¡Mucho gusto, yo soy Cynthia y esta es mi nieta Millie! —saludó ella y le extendió la mano a Massimo.

Él correspondió al saludo algo confundido, pues la encontró demasiado efusiva con un desconocido.

—Ahora que la *signorina* recuperó su globo, Lucca y yo continuaremos nuestro paseo —declaró él con la intención de seguir adelante.

Massimo se iba y Brittany tardaba demasiado. A Cynthia no le quedó más remedio que montar un espectáculo para retenerlo.

—¡Ay! —exclamó de pronto—. ¡Me siento mal, creo que es la presión!

Massimo que había alcanzado a dar unos pasos junto a su hijo, se devolvió a sostener a la mujer porque parecía a punto de desmayarse.

—Cariño, llama a tu madre —rogó Cynthia.

Ella podía ver a Brittany hablando con el hombre de los globos mientras este los revisaba, pero Massimo no se había percatado a pesar de estar relativamente cerca.

Millie salió corriendo, y de soslayo Cynthia vio que tiraba a su madre del bolso y le indicaba algo.

Brittany se olvidó de los globos y corrió con la niña en dirección a su madre, preocupada.

—¡Mamá, ¿qué tienes?! —preguntó alarmada.

Un hombre junto a ella la estaba atendiendo, pero Brittany no le podía ver el rostro. Al escuchar su voz el hombre se volteó quedando de frente, cara a cara con ella.

Brittany palideció.

—¡Massimo!

—El mismo —repuso él con tranquilidad.

—Hace calor, llevaré a los niños a tomar un helado, o a comer pizza, no lo sé —dijo Cynthia, nerviosa.

—¿Puedo ir, papá? —preguntó Lucca en inglés.

—Está bien, Lucca. Solo ten cuidado. Recuerda que tienes el móvil.

—Sí, papá.

—Estará bien conmigo, no se preocupe.

Ambos se estudiaron un instante largo. Todo alrededor de ellos pareció detenerse.

Se observaron de arriba abajo: ella estaba más delgada pero más guapa que antes, y continuaba usando el mismo perfume. Él continuaba siendo el mismo, la misma virilidad arrolladora, y las canas que comenzaban a teñir su barba y sus patillas, le daban un aspecto sexy.

A Massimo le dolió el cuerpo de deseo. Como si el tiempo no hubiera pasado, recordó perfectamente qué se sentía poseer su cuerpo desnudo, que se sentía besar esos labios generosos, qué se sentía...

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, ambos suspiraron al unísono. Brittany caminó hasta una banca y se sentó, él la imitó.

—¿Viniste con...?

—No.

—¿El pequeño es tu hijo?

—¿Lucca? Sí. Y Millie es tu hija —no fue una pregunta—. ¿Estás...?

—No.

—Yo tampoco —se apresuró a decir él—, Ornella murió al nacer Lucca. ¿Nunca te casaste?

—No —respondió ella, ¿para qué ocultar más información?

—Entonces, Millie es...

—Tu hija.

Lo había dicho por fin, y nunca imaginó que sentiría un alivio tan grande al confesarse ante el hombre que amaba. Si bien no había mentido, omitir era casi tan malo.

Cuando Massimo la escuchó, primero sintió venir un arranque de furia, pero luego intentó ponerse en el en el lugar de ella para poder comprender.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No quería complicarte la vida más de lo que ya la tenías. Francesca me contó todo, es decir, me confirmó lo que yo sospechaba y no quise... No sabía cómo lo podría tomar Ornella.

—¿Sentiste temor?

—Sí. Marcus me dijo que podían ser personas peligrosas.

—¿Marcus? ¿Aún lo ves?

—Vino hace un par de años, con Leo. Él y yo nunca...

—Lo sé, me encontré una vez con él y su novio en un restaurante y charlamos.

—¿Cómo está tu madre, y Francesca?

—Mamá murió el año pasado, pero antes me dijo que si te volvía a ver te pidiera perdón en su nombre.

—No hay nada que perdonar, no fue su culpa. ¿Y Francesca?

—Está en Inglaterra. La convencí de estudiar más cerca. Pero ya casi termina, y no creo que vuelva a casa... Mamá habría estado muy dichosa de conocer a Millie.

—Lo sé.

De pronto, Massimo, no soportó más la lejanía y tomó las manos de Brittany. Para él era un «ahora o nunca». Tenía que preguntarle, tenía que saber.

—Britt.

—¿Britt?

—Sí, Britt. ¿Tú crees que ahora tengo una posibilidad? ¿Qué

podríamos retomar donde lo dejamos, o al menos intentarlo?

Brittany bajó la vista hacia las manos entrelazadas, y como si fuese una condenada que necesitaba confesarse, dejó que las palabras salieran solas. No quería guardarse nada.

—Yo te amaba y no supe darme cuenta a tiempo, o mejor dicho, tenía miedo de resultar con el corazón roto otra vez. Sé que fui un cobarde por salir huyendo, pero si me hubiera quedado quizás habría sido la responsable de una catástrofe mayor.

—Brittany, no he dejado de amarte ni un segundo. Nunca saliste de mi cabeza ni de mi corazón. Todavía te puedo sentir en mi piel.

—Tú también quedaste adherido a mi piel como una marca hecha con fuego. Tú nunca saliste de mi alma, y siento dicha de comprobar que lo nuestro no solo fue una emoción para siempre tal como dice la canción.

—¿Cuál canción?

—Después te la canto. Me la aprendí en italiano. Cinco años para practicar no es poco.

—No.

Y así sin más, sin recriminaciones, y con el corazón expuesto se besaron.

Sintieron que los cinco años que habían estado alejados el uno del otro no había transcurrido en realidad, porque ambas almas se conocían tan bien que era difícil que hubieran olvidado lo que cada uno sentía al besar al otro.

—¿Crees que Millie me aceptará?

—Lleva mucho tiempo preguntando por su papá.

—¿Irías a vivir a la Toscana?

—Tendré que pensarlo.